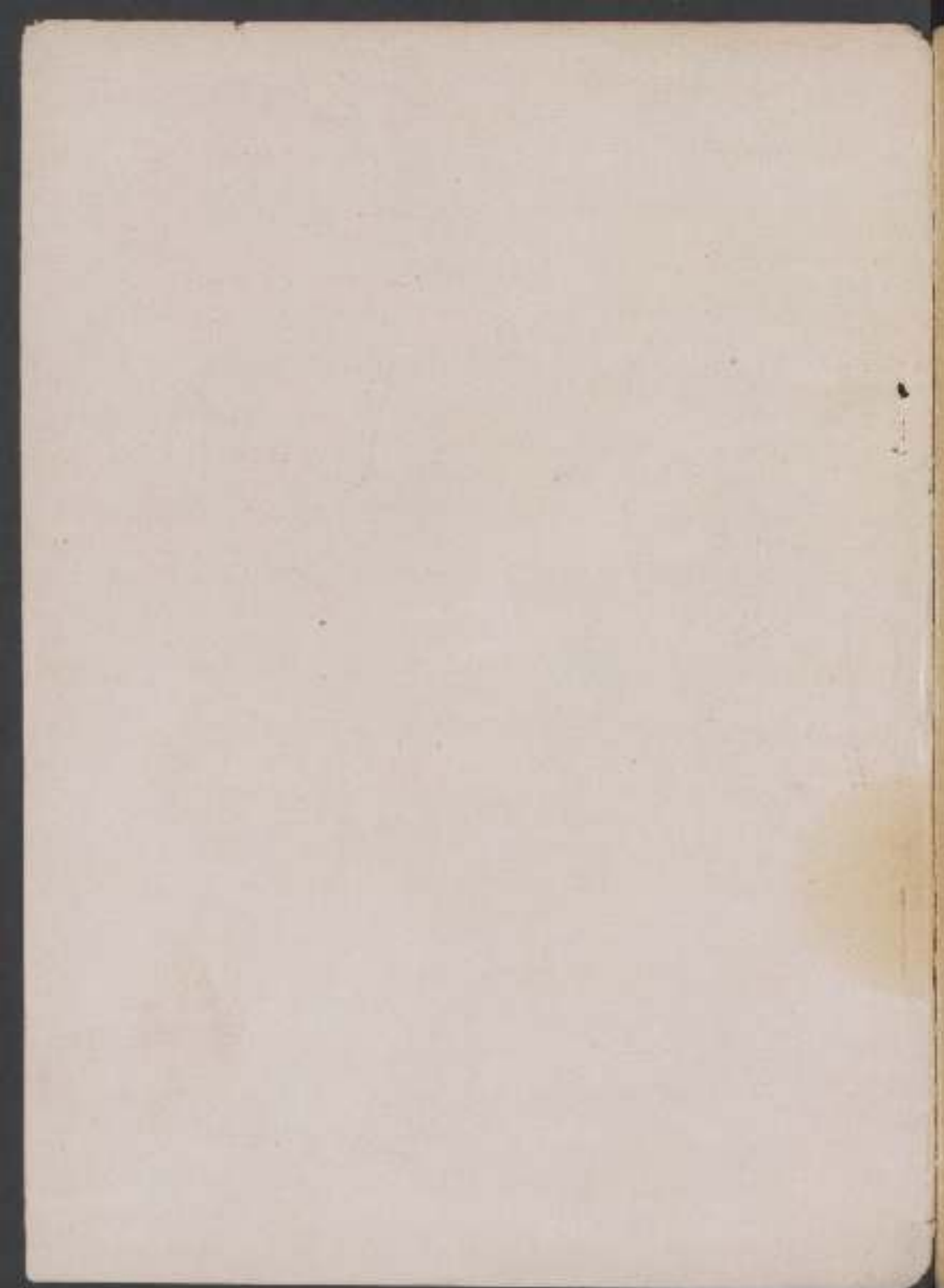


# Vuelta al Cayer

Clive  
Brook  
Anna  
Lee

40







## VUELTA AL AYER

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

**EDICIONES BISTAGNE**

**EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS**

**Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona**

# **Vuelta al ayer**

*Interesante comedia cinematográfica*

Dirección:

**ROBERT STEVENSON**

Producción:

**MICHAEL BALCON**

Distribución:





PRINCIPALES INTERPRETES:

CLIVE BROOK

ANNA LEE

DAME MAY WHITTY

ARTLEY POWER

MILTON ROSMER

Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne

# VUELTA AL AYER

## Argumento de la película

—¿No se le ocurre nada mejor que quedarse embobado viendo lo que yo hago?

Pedro sonrió al escuchar aquella pregunta. Se la hacía un viejo que, con gran seriedad, como si estuviera llevando a cabo un trabajo de gran trascendencia, pegaba en la pared, a fuerza de pinceladas de engrudo, un gran cartelón anunciando una función teatral.

—Pues mire, de momento, realmente no se me ocurre nada mejor que hacer —replicó Pedro—. Y aun puedo asegurarlo que estoy pasando el rato más feliz de mi vida... ¡Yo soy el autor de esa comedia que se anuncia ahí!... ¡Ese es mi nombre!—exclamó, señalando con satisfacción el nombre que aparecía bajo el título de la comedia.

—¿Su nombre?... ¿Cómo se llama usted?

—Tropp.

—¡Tropp!... ¿Tropp?... ¡Pero si con un nombre así no se va a ninguna parte! ¡Si suena como un taponazo!

—Cualquier nombre nos parece idiota a fuerza de repetirlo. ¿Cuál es el suyo?

—Prendergast.

—¡Bravo! ¡Muy bonito! ¡Usted gana! ¡No se lo dispuete! Entre Tropp y Prendergast, no cabe duda, éste es el mejor—rió Pedro, que aquella tarde no lograba enfadarse con el buen viejo, al que hacía muchos años trataba, porque en el pueblo todos se conocían entre sí y todos sabían la vida y milagros de los demás.

—¡Pedro!... ¡Pedro!... —llamó la voz de una muchacha que asomó su cabeza, aureola de oro, en el marco de una ventana alta—. ¡Que ya ha empezado el ensayo!

—Baja un momento. Quiero que veas algo maravilloso—gritó Pedro desde la calle.

—En seguida.

Pocos momentos después Carol estaba al lado de Pedro y leía con orgullo el nombre que aparecía en letras impresas en el gran cartelón que Prendergast acababa de fijar en la pared.

—¿Es esa una de las actrices?—gruñó el viejo, mirando a Carol como si fuera la primera vez en su vida que la viera, cuando la conocía desde que la condujeron a las fuentes bautismales.

—¡Hummm...!—murmuró Pedro, asintiendo.

—Mira... y qué formalita parece...

—Se lo diré a usted en secreto...: es tan formalita, que acabará casándose conmigo—confesó Pedro, cogiendo a Carol por el brazo y mirándola con arrobamiento.

—¡Tate! ¡Casarse con una actriz! ¡Yo no me casaba con una artista ni aunque me diera usted mil machacantes!

—No tenga miedo, que no pienso dárseles... Ya les diré a esos otros que sean ellos los que se casen con las actrices de la compañía... Mira, mira, Carol, mira y asómbrate: mi nombre, mi nombre entero en grandes letras de molde: "PEDRO TROPP". ¿Qué te parece?

—¡Ay, Pedro, qué maravilla!

—Aquí, el señor Prendergast, no quería creer que ése fuera yo... Le he temido que asegurar que soy yo el autor de la obra.

—Y le deseo un buen éxito... pero lo dudo—masculló Prendergast, que no quería dar a entender que estaba sinceramente interesado en el triunfo de la obra, porque Pedro le era simpático y Carol una chiquilla a la que él había llevado en brazos y que le parecía un poco hija suya.

—¿Viene usted al teatro con frecuencia?—le preguntó la joven.

—No... no me he atrevido jamás... ¡Sois demasiado malos!...

—Si no viene, ¿cómo lo sabe?

—Porque un amigo mío vino la semana pasada y no entendió ni pío... ¡Lo de siempre! Esos escritores tan sabios que sólo escriben para iniciados... ¿no se dice así?... ¡Buena, adónde! Me voy porque aun tengo que pegar los carteles del Gran Circo. ¡Aquello sí que da gusto ver! La semana pasada una se cayó del trapecio... ¡y nos moríamos de risa! ¡Aquello sí que es divertido!

Pedro lo vio alejarse con su gran pote de engrudo en la mano, andando trabajosamente a consecuencia de su peso y del peso de sus años, que era difícil saber cuál de los dos podía más en él.

—¡Ahí tienes mi público!—murmuró con desaliento, mientras el viejo se



perdía en la lejanía de la calle—. ¿De qué me sirve escribir comedias para unos Prendergast? Porque en este pueblo todos están a su altura...

—También Shakespeare pensaría lo mismo seguramente... ¡y ya ves dónde ha llegado!

—No me ilusiona llegar después de muerto... Además, Shakespeare no escribió para analfabetos, como estoy escribiendo yo. ¿Has visto si hay encargo de localidades para el lunes?

—Desde luego— replicó Carol, sonriendo a su novio—. Pero este pueblo ha perdido totalmente la afición al teatro. Necesita algo como "OCRE AMARILLO, del gran autor PEDRO TROTT", para entusiasmar de veras... ¡Ya verás qué exitazo vamos a tener con tu obra!

—¿Qué fortuna estar enamorado de una optimista!

—¡Ah, Pedro, tu obra es buena, muy buena, no lo dudas! Yo sé que lo es. Y voy a hacer una creación magnífica.

—¿Pero qué importa triunfar en Torracombe, en este pueblo insignificante, donde todos son infelices Prendergast?

—¡Vamos a triunfar por esos mundos— aseguró Carol, sugestionada por su propia ilusión—. ¿No ambicionas un gran éxito en Londres, o en París, o en Nueva York?

—...y aparecer yo, humildemente,

emocionado, a los gritos de: "¡El autor! ¡El autor!"...

—...y yo cargada de orquídeas y con vestido blanco de seda, dándote la mano y saludando contigo al público que nos aclamará, y pensar: "Todo esto se lo debo a él".

Se habían olvidado los dos de que estaban en medio de la calle y se hablaban bajito, arrullándose con las miradas, perdidas en la vaguedad de sus sueños juveniles, de sus brillantes esperanzas para el futuro, cuando el portero del teatro, rompiendo el encanto de aquellos sueños, les dijo a gritos:

—¡Eh!... ¡Cuando hayan acabado de arrullarse, vaya usted a ver cómo tratan su obra!... ¡Están en pleno ensayo!

Pedro volvió a la realidad y, seguido de Carol, entró en el teatro y fué corriendo hasta el escenario.

Allí estaban los artistas ensayando, aquellos artistas que formaban una compañía pueblerina, en la que la primera actriz frisaría en los sesenta, el galán sobrepasaría en mucho esa edad y la dama joven andaría alrededor de la misma, a pesar de sus arrumacos de niña ingenua y de sus rizos teñidos que le jugaban sobre la frente para disimular arrugas que, ¡ay!, eran ya demasiado visibles para ser disimuladas.

Sambourne era el director de la compañía, empresario y marido, al mismo

tiempo, de Grace, la "ingenua rubia" que tenía a su cargo el papel principal de la obra. En el momento en que Pedro Tropp entró en el escenario, Sambourne, rojo de ira, gritaba a Osbert, el galán:

—¿Por tercera y última vez!... No le tolero que estropee usted la mejor escena de mi esposa masticando esa manzana que lleva en la mano...

—Pero, señor... si lo indica el libro... "Como una manzana", dice, en un aparte.

—¿A mí no me importa el libro ni quien lo escribió! Oiga usted, y téngalo bien entendido de una vez para siempre: lo que dice el personaje, lo que dice el libro y lo que se representa en escena, son cosas completamente distintas... ¡Vamos a empezar de nuevo!

El galán se retiró unos pasos y avanzó de nuevo para empezar la escena, sin dejar de roer la manzana, como si aquello le inspirara mejor su papel.

—¡Muerde que muerde!—gritó la dama sentada, haciendo un gesto desesperado—. ¡Me llega a dar náuseas!

—¿Quiere usted servirme la guisada?—arguyó Osbert, hincando de nuevo los dientes en el fruto.

—¿Ha olvidado usted que nuestros respectivos papeles representan una señorita y un caballero?—dijo Grace con altiva prestandia.

—¿Una señorita?... Ignoraba que

existiese tal papel — comentó el galán con una mordaz ironía.

—¡Basta, basta ya!—gritó Sambourne, exasperado—. ¡Vamos a ver, entre y empiece de nuevo la escena!

Osbert dejó la manzana sobre una mesa, se sacudió las manos, y preguntó con aire bobalico:

—¿Y qué hago yo ahora en lugar de comerme la manzana?

—¿Escucharla a ella!... ¡Escucharla con lástima y admiración, como le impone su papel!

—Con lástima, conforme, sí, señor, la escucharé con lástima, que es lo único que me inspira...

—¡Insolente!

—Pues que me deje comer la manzana, como impone la obra.

—Osbert tiene razón—intervino Pedro—. La manzana no puede suprimirse en esta escena, que carecerá de sentido sin ella.

—¡El que monta, dirige y finanza la obra soy yo!—rugió Sambourne, volviéndose airado a Pedro.

—Pues si hace usted todo eso bien valía la pena de que hubiera usted leído la obra—replicó Pedro, sin achicarse—. La manzana forma parte del argumento.

—¡Bah, qué disparate!... Ya me lo decía mi padre: "Los argumentos no son más que estupideces, estupideces y estupideces..." Vamos, querida — añadió

Sambourne, dulcificando el tono y dirigiéndose a su esposa—, repite la escena.

Grace se colocó en su puesto, puso los ojos en blanco, sonrió, hizo un movimiento de niña ruborosa y exclamó con voz altisonante y gesto melodramático:

—“¡Ah!... ¿Eres tú, Carlos?... ¡Pasa!...”

Y como viera que el galán no entraba, murmuró, nerviosa y excitada:

—A este paso, ¿cuántas veces voy a tener que decir “pasa”?

—Ya estoy aquí — contestó Osbert, entrando en escena; y colocándose frente a ella, comenzó a recitar su parte:

—“¡Mi adorable Elisa! Mira lo que acaba de darme el árbol de la ciencia”. (¿Ve como aquí hace falta la manzana?) — dijo, haciendo un paréntesis a su papel y encarándose con el director.

—Déjese de tonterías y siga.

—“¡Ah!... ¿y tú, qué tal? ¿Tan bonita como siempre?...”

—Supongo que pondrá usted un poco más de emoción en ese instante el día que representemos la obra — dijo Grace, malhumorada.

—No, lo que haré será decirlo de espaldas a usted, porque si no no hay forma de que me inspire.

—¿Grosero!

—¿Quieren seguir con el ensayo?— gritó Sambourne, descargando un formidable puntapié en el entarimado, que

retembló como si hubiera sido sacudido por un movimiento sísmico.

—“Anoche vi a Harry”—siguió recitando Osbert.

—¿Qué va...!

—Esa réplica no es así. En el libro lo dice de otra forma—volvió a interrumpir Osbert—. A ver, apuntador, lea la frase.

—“Pero dime, ¿es de veras que has visto a Harry?”—leyó el apuntador.

—“¡Qué va!” es más conciso—aseguró el director, que siempre defendía a su cara mitad.

—Una señorita no dice nunca “¡qué va!”—afirmó Osbert.

—No sé de nadie que haya representado un papel de caballero más burdamente que usted—masculló la primera actriz, ofendida.

—Se ve que no ha leído usted lo que han dicho de mí los periódicos a propósito de mis geniales interpretaciones.

—Poco importa lo que digan los periódicos... La señora Sambourne tiene siempre razón. No hay en usted prestancia ni un solo momento, yo le enseñaré cómo debe entrar ese personaje. Con prestancia, ¿entiende? Prestancia... Vamos, querida, dame el bocadillo—dijo Sambourne a su esposa.

—(¡Es terrible, siempre estamos igual! riñas, discusiones, broncas!...)—musitó entre dientes una de las artistas que pre-



sencianan el ensayo de la escena en espera de su turno.

—¡Que se calle esa vieja! —gritó la primera actriz. Y volviendo a ponerse en situación, dulcificando la voz, con sus eternos arrumacos de niña mimada, recitó otra vez la frase:

—“¡Ah!... ¿Eres tú, Carlos?... ¡Pasa!”

—“Adorada Elisa”. (Pausa). “Bien, bien, bien...” (Ahora mira a Elisa y detiene el paso, asombradísimo).

—¡Y tan asombrado, claro! —exclamó Osbert, sin deponer su actitud burlesca.

—¿Pero es que no sabe usted respetar a la primera actriz?

—¡No!... ¡No puedo respetarla!... ¡Ni siquiera puedo tener respeto a sus canas, porque las lleva teñidas!

—¡Oh, Sam, despierte a ese hombre, despídalo!... ¡Yo no puedo volver a las tablas con él! —dijo, llorosa, la primera actriz, abrazando a su esposo como si acabara de ocurrirle la tragedia más espantosa de su vida.

—He trabajado con el mayor entusiasmo ante el público durante muchos años, y cual otros eminentes actores, he tenido mis éxitos y mis fracasos... por mi afición al arte dramático los he sufrido con la sonrisa en los labios... pero ante la absurda pretensión de enseñarme las modales de un caballero, un mentecato como usted que ni conoce el

significado de esa palabra... ¡yo le replico, no, no, no y no!...

—¡Pero, qué está diciendo ese hombre!... ¡Oh, Sam, Sam, me va a dar un ataque de nervios!... —sollozó la primera actriz.

—¡Queda usted despedido! —rugió Sambourne.

—¡Pero eso es una locura! —intervino Pedro—. ¡No puede usted despedirle! ¡Nos presentamos el lunes!

—Pero sin mí, mi querido Tropp —replicó el galán, cogiendo el sombrero y marchándose definitivamente.

—Corre... corre tras él... Convéncele de que debe volver... —suplicó la característica, que era una viejecita muy simpática y buena, que todo lo quería coordinar y que no podía sufrir las discusiones.

—¡Les prohibo que vayan a buscarle! —ordenó Sambourne.

—Pero esto es una idiotez. ¿Cómo vamos a prescindir del primer galán? ¿Quién le sustituirá?

—Recuerdo lo que mi padre me decía siempre: “Nada de apasionamientos ni groserías”... Yo soy el empresario y os prometo un primer actor providencial —aseguró Sambourne con orgullo, deponiendo su airada actitud y hablando como si no fuera él el primer grosero que había hecho estallar la discusión.

—¿Que tendremos un primer actor?  
¿Cuándo?

—Inmediatamente. Telefonaré a todas las agencias de Londres y lo encontraremos en seguida. No repararé en gastos. Quiero un primer actor que esté al mismo nivel de Grace. ¿Verdad, nena mía, que estarás contenta?... Vamos, querida...

Cogió del brazo a su esposa y salió del escenario con mucha dignidad, pero cuando ya estaban en la calle, Grace le dijo:

—¿Cómo vas a telefonar, si nos cortaron la línea del teléfono por falta de pago?

—No tenía ni la más remota idea de hacerlo.

—Entonces... ¿por qué les has dicho que llamarías?

—Diplomacia, querida, diplomacia... Estaba buscando la forma de cerrar el teatro sin tener que avisarles con quince días de anticipación ni pagarles sus emolumentos... y la casualidad me ha puesto la ocasión en la mano y en bandeja de plata... ¡Vamos y no te preocupes más de ellos!

Sambourne y su esposa cambiaron una sonrisa de satisfacción, mientras en

el teatro, Pedro se había dejado caer en una silla y hundía el rostro entre las manos en un gesto de suprema desesperación.

Carol se acercó a él, le acarició dulcemente los cabellos y le dijo, tratando de animarle:

—¡Pobre Pedro!... Cuando hayamos triunfado y escriban nuestras vidas, estoy segura de que a todo esto que hoy nos ocurre lo calificarán de "luchas de juventud".

—¿Al diablo con mi juventud!... ¿Qué provecho saco de ella?... Preferiría pasar por alto esas luchas y comenzar así:

"El popular autor Pedro Tropp regresa de un viaje triunfal... El favorito del público británico partirá hoy... La estación de Paddington invadida por la multitud para rendir homenaje a su ídolo..."

Carol y Pedro soltaron una carcajada, en la que estaban encerrados, a pesar de las protestas de éste, todos sus "sueños de juventud", todas sus esperanzas y toda la alegría de un porvenir que querían avizorar risueño, aunque la realidad, momentáneamente, les hiciera presentir todo lo contrario.



\* \* \*

Los altavoces iban dando instrucciones:

—“El señor Maine tardará todavía unos minutos en llegar a la estación. Se ruega a los admiradores del señor Maine que procuren no dificultar el paso de los viajeros. Colóquense a un lado de los andenes, por favor... El señor Maine llegará dentro de unos minutos...”

Pero el vocerío de la muchedumbre apagaba el sonido de los aparatos, a los que, por otra parte, tampoco hubieran obedecido, porque estaban tan alocados con el inminente arribo de su autor favorito, del ídolo de los ídolos, que se hubieran dejado arrollar por las locomotoras con tal de ocupar la primera fila en el andén y llegar a tener la oportunidad de ver de cerca a Maine o de estrecharle la mano antes de que partiera.

—¿Pero cuántos trenes van a salir con retraso hoy?—preguntaba el jefe

de la estación, yendo de un lado a otro, impotente para contener aquella avalancha.

—La muchedumbre obstruye el paso de los viajeros y los trenes no pueden salir.

—Pero hay que obligar a esa gente a que se retire.

—La policía lo ha intentado ya desde hace media hora, y todo es inútil.

—Yo hablaré con Maine... ¿Qué se ha creído ese comiquillo? ¿Que va a paralizar toda la red ferroviaria por su capricho? ¿En qué hotel está?

—En el Saboya.

—Pues hablaré con él por teléfono.

El jefe de la estación fué a la cabina, marcó un número buscado previamente en el listín y preguntó, cuando le contestaron:

—¿El señor Maine?

—Habla con su apoderado—replicó la voz lejana a través del hilo—. El

señor Maine sólo habla por teléfono con los que previamente cita.

—Pues dígame al señor Maine que ha logrado desorganizar todo el tráfico de la estación y que será castigado debidamente.

—¡Eh, oiga, oiga...! ¿Ya sabe usted quién es el señor Maine?

—¡Claro que lo sé!... Pero yo soy el jefe de la estación y para mí el señor Maine no tiene más importancia que la mamá que se va al campo con sus retoños...

—¡Oh, qué frescura!... ¿Sabe qué está diciendo? — preguntó Regan, el apoderado de Maine, tapando la bocina y hablando a éste que fumaba tranquilamente, muellemente recostado en una butaca.

—Me lo figuro; no le haga caso.

—Tiene la frescura de decir que no tiene usted más importancia que la mamá que sale al campo con sus hijos.

—¡Y tiene mucha razón! — suspiró Maine con cierta melancolía.

—¡Por favor, no diga eso!... El jefe debe saber que le debe a usted toda clase de consideraciones... Y supongo que habrá policía bastante en la ciudad para que pongan orden.

—La policía, lógicamente, la destinarán a otros servicios más importantes, mi querido Regan. Mi partida tiene muy poca importancia.

—Oiga, oiga, oiga... si se ha creído

que la empresa ha preparado ese tumultuoso agasajo, para decir luego que no ha podido salir de Londres, está usted en un error... Dentro de diez minutos debemos estar en la estación...

—Ya estoy viendo que tu ocurrencia de anunciar la hora de mi salida no va a resultarnos afortunada. Ahora resulta que hay motín en la estación, que los trenes no pueden salir y que yo no podré abrirme paso entre el gentío para alcanzar mi vagón...

—¿Quién iba a suponer que armaría tanto ruido? El público es siempre la más indescifrable de las incógnitas... Vamos, prepárese y le haremos frente. Será una magnífica propaganda para usted.

—A mis alturas ya no hacen falta esas propagandas... Creo que debes adelantarte tú con el equipaje. Yo iré en seguida.

—¿Solo?... ¡Qué! Acabarian aplastándole...

—¿A que no?... ¿Apuestas algo? — preguntó Maine, sonriendo, como si una feliz idea le hubiera cruzado la imaginación.

Regan se encogió de hombros y fué a cumplir la orden que se le daba. Maine cogió su sombrero y salió a la calle tranquilamente, como si fuera a dar un paseo.

En la estación el público se iba haciendo más denso y los cazadores de

autógrafos peleaban a brazo partido para ocupar los primeros lugares y ver quién de ellos sería el afortunado que consiguiera que Maine estampara su firma en el álbum que llevaban en la mano.

Los altavoces seguían dando órdenes con su voz bronca y potente:

—“Se ruega a los señores viajeros que ocupen sus asientos. El señor Maine tardará unos minutos en llegar. Suplicamos a los curiosos que desalojen el tren y a los viajeros que cada uno ocupe su asiento”.

Una ancianita, haciéndose paso entre la multitud, se acercó a un guardia y le dijo:

—¿Podría usted ayudarme? Mi nietecita tiene un ataque de bilis y le he prometido un autógrafo del señor Maine...

—La siento, señora, pero yo nada puedo hacer.

—“Se suplica al público que no se precipite en los andenes, que deje paso a los viajeros. El tren del litoral saldrá dentro de diez minutos. Que cada viajero ocupe su asiento”—según diciéndolo los altavoces.

Un empleado de ferrocarriles, con la gorra muy hundida sobre las cejas, se abrió paso entre la multitud y puso pie en un estribo, cuando la ancianita se acercó a él y repitió su petición:

—Perdone... Usted, como empleado

del tren, podrá ayudarme... Mi nietecita tiene un ataque de bilis y le he prometido un autógrafo del señor Maine...

—Déme el álbum y procuraré complacerla—replicó el empleado, sonriendo bajo su mostacho.

La ancianita esperó tranquila y al poco rato el empleado le entregó el álbum con la firma de Maine. Sonrió la vieja y miró al vagón. Por la ventanilla, en el momento en que el tren arrancaba, asomó la cabeza de Maine y ella le tendió la mano y le dijo:

—Gracias, gracias, en nombre de mi nietecita... Le he reconocido en seguida bajo su disfraz de empleado de ferrocarriles y tras sus bigotazos... Gracias.

Maine sonrió y le estrechó la mano con ternura, halagado por haber sido reconocido por la más vieja de todas sus admiradoras.

El tren, con un largo silbido que era como un lamento de adiós, se alejó tropezando y dejando tras sí a aquella muchedumbre decepcionada, a la que Maine había sabido burlar.

Se dejó caer Maine en su asiento y se quedó meditativo, nostálgico. Estaba fatigado de sus éxitos, de sus adoradores, de aquellas muchedumbres que le aclamaban por doquier y que le hacían sentir más hondamente la soledad de su vida, la espantosa soledad que no podían llenar en modo alguno ni triunfos,



ni laureles, ni agasajos, porque era la soledad de su corazón huérfano de todo amor, desamparado de todo cariño, desconocer de la ternura que conforta y de la comprensión que dulcifica.

Pocos minutos estuvo solo en su departamento. Una dama, acompañada de una niña de pocos años, le había descubierto y vino a sentarse frente a él:

—¡Oh, señor Maine, al fin he dado con usted!... Con su permiso... Sabía que no se molestaría usted si le presentaba a mi nena... ¡Tiene tantos deseos de ser artista de cine!

—¡Ah!... ¿sí?—preguntó Maine, nervioso, mirando a aquella chiquilla antipática, con aires de vampíress, que movía lo ojos como si quisiera darle a comprender que ella era la mayor artista del mundo.

—Sí... sí... ya verá... Vamos, nena, venía algo al señor Maine... —dijo la madre, mirando con orgullo a su hija, como si esperase obtener millones con el trabajo de la pequeña.

—“Mamá me compró unas falditas con ribetitos dorados. Y me dió un bolso y un primoroso maletín, porque no quise casarme con un carbonero, porque se ensucia las manos de carbón, ni un carnicero, porque se ensucia las manos de sangre; pero sí quise casarme con un caballero de blanco plumero, ligero... ligero... ligero...”

—¿Qué tal, señor Maine?... ¿Verdad

que se parece mucho a Shirley Temple? —preguntó la madre, muy ufana.

—Enteramente igual—replicó Maine, molestísimo, porque aquella chiquilla era insoponible, y aun lo era más su muy querida mamá.

El revisor del tren, que era quien había proporcionado a Maine su disfraz de empleado de la Compañía de ferrocarriles para poder subir a su departamento sin ser molestado por la multitud, asomó la cabeza por la puerta y le dijo al autor:

—Usted disculpe, señor, pero esos... esos... pekinenses suyos están excesivamente inquietos y arman un ruido de mil demonios.

—¿Mis pekinenses? —inquirió Maine con acento de extrañeza, puesto que jamás había sentido simpatía hacia aquella clase de perros.

—Sí, señor—replicó el buen hombre, haciéndole un guiño muy expresivo, señalando a la nena que tenía aspiraciones de “estrella”.

—¡Ah, sí, sí, gracias!... Ya no me acordaba... En cuanto no están a mi lado se ponen furiosos... Tendré que ir a poner paz entre la jauría.

—Era lo que venía a suplicar al señor.

—Vamos, vamos... No se enfurezcan más y muerdan a alguien... ¡Sería terrible! —exclamó Maine, siguiendo al buen hombre, mientras contenía su risa.

para que ella no descubriera la mentira que entre los dos habían urdido para huir de aquellas dos viajeras impertinentes y molestas.

Se alejaron los dos, y Maine tomó asiento sobre un baúl mientras el empleado lo hacía sobre una gran maleta y, desenvolviendo el paquete de su comida, ofrecía al actor un pedazo de pastel de ave que éste comió con verdadero apetito.

—Está riquísimo — comentó, entre mordisco y mordisco.

—Lo hace mi mujer.

—Es usted un hombre feliz — dijo Maine, con aquel deje melancólico que vibraba en su voz en muchas ocasiones.

—No puedo quejarme de mi suerte.

—Y tiene razón de no quejarse... ¿Qué más puede pedirle a la vida? Tiene usted un empleo que le gusta, un sueldo que cubre sus necesidades, cinco hijos que le adoran y una mujercita que le prepara estos pasteles... ¡Ah, si supiera cómo le envidio!...

—¡Je, je, je!... — rió el empleado, revolviéndose las labias. — No bromee, señor Maine... ¡Envidiarme usted, usted, el gran actor a quien todo el mundo conoce y admira!

—Le hablo muy en serio.

—No puedo creerlo... Un caballero como usted, que lo tiene todo, no puede envidiar a un infeliz revisor de ferrocarriles.

—Pues le envidio muy sinceramente. Porque yo, con todos mis honores y mis laureles y la fama que he conquistado, no he conocido nunca la dicha de un hogar feliz y de un amor verdadero...

Se quedó un rato callado y miró por la ventanilla el paisaje que velozmente desfilaba ante sus ojos.

—¿Ve usted aquel pueblo? — preguntó a su compañero, mostrando un grupo de casas que se iban acercando desde lo infinito del horizonte.

—Sí, es Torracombe, un pueblecito sin importancia, pero que tiene un buen teatro hacia el final de la población.

—¡Demasiado lo sé! — rió Maine, con risa que le retrotraía a su primera juventud. — ¡Torracombe! Ahí, en aquel teatro, trabajé yo en 1922... Era entonces un obiquillo... La labor que realizaba era dura e intensa... Había que estrenar una obra nueva cada semana, porque el público lo exigía así. Estudiaba toda la noche, ensayaba por la mañana y representaba por la tarde y por la noche. No tenía apenas tiempo de descansar, dormía cuatro o cinco horas, comía poco y mal, y sin embargo, era más feliz que ahora...

—No le comprendo a usted, señor Maine — replicó el empleado, mirando al actor con extrañeza.

—No puede usted comprenderme... ¿Ve aquellas casas?... En una de ellas



me hospedaba yo... ¡Oh, si aquellos tiempos volvieran!... ¡Era tan dichoso!... Muchas veces comía de una manera improvisada, en medio del mar, después de haber pescado unos salmonetes que saltaban vivos en la sartén... ¡Aquella si que era vivir!

—Si le llama usted vivir al ir a pescar unos salmonetes y comerlos fritos dentro de la misma barca, también hoy puedo volver a ser feliz, señor Maine.

—Hoy no tendrían el mismo sabor de entonces... Les faltaría la sal de mis veinte años... Mire, mire... ya asoma la isla Tuesday... ¡Ah, qué encantadora es! Allí íbamos todos los domingos... es decir, iba yo con alguna amiguita... y les echábamos migas de pan a las gaviotas y escribíamos nuestros nombres en las rocas... ¡Entonces yo era feliz, sabía ser feliz...! Y ahora se me ha olvidado el secreto... Pensará usted, sin duda, que estoy un poco chiflado... ¿no es cierto?

—No, no, todo lo contrario; pensaba en qué podría usted hacer para volver a ser dichoso como entonces.

—Nada. Resignarme. Dicen que la resignación es el conformarse con no alcanzar una cosa truce de la cual se ha corrido toda la vida. Yo he buscado la dicha y sólo hallé el hastío. Me resignaré... es todo lo que ya puedo hacer yo, a mis años.

—Pues, usted perdone, pero a mí me parece una franca tontería.

—¿Qué puedo hacer para no morir-me de hastío?

—No sé... Usted dice que cuando estaba en Torracombe poseía usted una cosa que ahora no tiene.

—Así es.

—Y la da por perdida.

—Completamente.

—Pues yo, en su lugar, creo que volvería a Torracombe y trataría de recuperarla.

—¿Recuperar mis veinte años?

—Siempre se es joven si uno se empeña en no envejecer.

—Acaso tenga usted razón... Yo, en ese pueblo, supe ser feliz, muy feliz... Lo que no podría precisar era qué motivaba mi felicidad.

—Hay que averiguarlo y conseguirlo de nuevo.

—Es una idea que tiene mucha lógica.

—Siempre se me ocurren ideas geniales — comentó el revisor, muy convencido.

—¿A qué distancia estamos de Torracombe?

—A unos tres kilómetros.

—Que pueden hacerse tranquilamente a pie, puesto que el tren se desvía a la derecha y deja al pueblo en olvido... Tengo que bajar—dijo Maine, llevando la mano al aparato de alarma para hacerlo sonar y lograr que el tren se detuviera.

—¡No toque usted, por Dios!—le rogó el buen hombre, deteniéndole.

—¿Por qué?

—Porque está terminantemente prohibido, excepto en casos de urgencia.

—¿No es el mío un caso de urgencia? Necesito apacarme aquí para poder ir a Terracombe.

—El reglamento no tendrá en cuenta su urgencia.

—¿Qué puede pasar si toco el timbre de alarma?

—¿Sería la primera infracción del reglamento de ferrocarriles?—preguntó el empleado, como si examinara a un subalterno.

—La primera, se lo aseguro.

—Entonces, le impondrían una multa de cinco libras.

—Es un precio que puedo pagar —rió Maine, abriendo la portezuela a tiempo que hacía sonar el timbre de alarma.

—¡Oh, pero qué hace, qué hace!... ¡Esto es un abuso!...—gritó el revisor.

Pero ya el tren se había parado en un seco frenazo y Maine había saltado a tierra, echando a correr a través de los campos en dirección a Terracombe, donde había muchos años, muchos años, había sido feliz.

\* \* \*

La pensión, hotel, fonda, o como quisiera llamársele, que había en Torracombe, era la de la señora Priskin, mujer que había visto pasar por su casa a varias generaciones de actores llegados al pueblo para actuar en aquel teatro que estaba en contradicción con el resto de la población, pues era un teatro de gran ciudad, y que se había construido por el capricho de un ricachón vuelto a su terruño después de muchos años de ausencia y que quiso perpetuar su memoria con aquel legado.

La señora Priskin sabía cómo debía tratar a los que iban a buscar refugio a su casa, pero aun así eran muchas las ocasiones que, después de haberles alimentado y dado cobijo bajo su techo, aquella aves de paso levantaban el vuelo sin haber dejado blanca sobre el mostrador, tras el cual la señora Priskin atendía a su clientela en las horas en que no se estaba el mandil a la cintura y, con la escoba en la mano, ha-

rría escaleras y pasillos con la agilidad de una muchacha de quince años y como si no pesaran sobre ella los ochenta kilos bien cumplidos de carnes, grasas y tejidos adiposos que los años habían ido colocando sobre sus huesos.

Cuando llamaron a la puerta, la señora Priskin estaba discutiendo con Pedro Tropp que, sentado ante la mesa del comedor, tenía colocadas sus pies encima de ella, mientras contemplaba la gran mancha de tinta que había formado el tintero al volcarse.

—Señor Tropp—decía la Priskin—, yo no le discuto de si ha sido usted o no quien ha derramado la tinta, porque no lo he visto, pero lo que usted no puede discutirme en modo alguno es que esos pies que están sobre la mesa son de su uso particular...

—Si quiere usted decir que es Pedro el que tiene la culpa de todo, dígalo de una vez y no ande con subterfugios

—replicó Carol, saliendo en defensa de su novio.

—Si yo estuviera atrasada en el pago de la pensión, señorita Carol, me guardaría muy mucho de hablar y procuraría no incurrir en abusos...

—¡Oh, cambie usted de disco, señora Priskin, y vaya a abrir la puerta, porque ese timbre que suena con tanta insistencia me está atacando los nervios y soy capaz de decir que si que fui yo el que derramó la tinta...!—murmuró Pedro, que tenía un humor muy claro.

Priskin abrió y se encontró frente a un caballero de pelo canoso, rostro surcado de arrugas y mirada apagada, que le ofreció, sonriendo, un gran ramo de flores:

—¿Me compra usted estas flores, mi querida Priskin?

—No tengo el dinero para esas tonterías—contestó la patrona de mal talante, porque aun no había logrado dominar sus nervios alterados por la discusión sostenida con Tropp.

—Entonces... acéptelas de regalo.

—¿Quiere que llame a un guardia... y se las ofrece usted a él?—replicó la Priskin, creyendo que se trataba de un insolente que sólo se proponía fastidiarla.

—¡Pero Priskin!... ¿Es que de veras no me reconoce usted? ¿En tan poquísimo aprecio me tiene ya?

—En ninguno... Yo ni sé quién es usted ni le he visto en mi vida.

—¡Priskin, qué memoria tan fatal!... Míreme bien y procure recordar, si no voy a creer que ha envejecido usted terriblemente...

—Calle... pues sí que me parece recordar... no me es desconocida del todo esa cara... ¿Del comercio o del teatro?—preguntó la Priskin, porque eran las dos únicas profesiones que desfilaban por su casa.

—Del teatro... Compañía Watson-Kirby; actores juveniles; canto y danza... ¿no lo recuerda?

—¡Válgame Dios!... ¡Pero si es Robertito Maine!—exclamó la patrona, dándole un formidable abrazo.

Maine soltó una franca risotada, abrazó a la buena mujer y le dijo, dándole palmadas en la espalda:

—Ya sabía yo que se alegraría de verme... La señora Priskin no podía habermelo olvidado en absoluto.

—¡Claro que me alegro!... ¿Se acuerda usted de cuando me rompí un precioso jarrón y escondió los pedazos detrás del lavabo?

—Sí... es que no tenía dinero para pagarlo y pensé que pasaría inadvertido. ¿Me dará el mismo cuarto que tenía entonces?

—No sé si podré... Se lo tengo prometido a un acróbata del circo...

—¡Bah, me lo da a mí y yo le haré



todas las cabriolas que usted quiera!

—Bien, suha cunmigo.

Subieron la vieja escalera de madera que crujía con gemidos dolorosos a cada paso, y entraron en un camaranchón pequeño, bajo de techo, con una cama de hierro, un lavabo de porcelana y un espejo roto.

—¡Y pensar que he vivido completamente feliz en este miserable cuartucho!

—murmuró Maine, con melancolía.

—No estaba mal para lo que pagaba... cuando pagaba.

—¡Ah!... ¿Pero es que alguna vez llegué a pagar?—replicó Maine, riendo al recordar sus penurias y sus apuros para ir viviendo.

Priskin también rió y Maine fué mirando con calma toda la habitación, asomándose luego a la ventana, desde donde se divisaba toda la bahía y a la derecha, al fondo de ella, la pequeña isla donde había ido con sus novias juveniles a dar pan a las gaviotas y a escribir sus nombres en las rocas, encerrados en la almena de un solo corazón.

—¡Y este era mi paraíso, mi edén, mi cielo!... ¡Ah, Priskin, y no supe comprenderlo hasta que lo perdí!... Cuando tuve fama, honores, dinero, gloria, supe apreciar todo el encanto que tenían los años que estuvo aquí, viviendo como un bohemio, con la cabeza llena de sueños y el alma repleta de espe-

ranzas... Mire, el espejo, sigue roto por la mitad como entonces... Aquí ensayaba yo horas y horas, con inefable entusiasmo, los gestos más lamentables que yo creía entonces perfectos: angustia... terror... éxtasis... pasión... ¡Ja, ja, ja!... Y luego he visto que todo esto no puede expresarse si no se ha vivido... y cuando se han vivido horas de angustia y se ha sentido el terror, y el éxtasis nos ha arrebatado a la realidad de la vida y la pasión nos ha conducido desde las incomparables dulzuras de la gloria a los más espantosos tormentos del infierno, nos damos cuenta de que ya somos viejos y de que el gesto que quiere esbozar nuestro rostro no es más que una mueca inexpresiva y ridícula...

Maine se alejó del espejo con tristeza y se tumbó de un lado en la cama:

—¡Ah, mi vieja cama, donde tantas veces he soñado en la gloria!... ¡Qué dura es, la pobrecilla!... ¿Y este banquito?... Aquí se sentó mi descubridor, el que me vió representar en escena y vino a proponerme un magnífico contrato para Hollywood... ¡Ah, no creo que pueda haber en la tierra un lugar tan lleno de recuerdos venturosos como éste para mí!

—¿Se siente usted feliz?

—Sí, me siento feliz recordando aquella dicha de entonces.

—Pues en aquella época era usted muy difícil de contentar.



—¡Qué absurdo!... No me puede usted negar que era yo el mejorcito de todos y que usted tenía una especial predilección por mí. Vamos, Priskin, tráigame la maleta. ¡El hijo pródigo ha vuelto!... ¡Boby Maine está aquí de nuevo!... ¿Qué tal anda de compañías el teatro?

—Pues, ahí verá... Si quiere usted llamarle compañía a seis muertos de hambre que entran en el reparto y se hacen todos los papeles.

—¡Magnífico!... ¡Seis personas!... ¡Reparto entre seis!... Vamos, vamos a reunirnos con ellos... ¡Me gustaría que me contrataran, por supuesto, sin saber quién soy yo!... ¿Son gente alegre?

—¡Menos jarareros que un funeral! Siempre están preocupados... muy preocupados... siempre, desde la mañana a la noche.

—¡Qué estupidez!... ¡El tiempo más feliz de la vida y no se dan cuenta! Yo conseguiré animarles. Yo trabajaré con ellos, aunque ellos no quieran.

—No comprendo por qué una estrella de cine, adorada por todos los públicos, se empeña en alternar con unos cómicos de la legua, que no pagan ni la pensión.

—Oiga, Priskin, hoy se ha eclipsado la estrella... ¿entiende? Yo no soy más que un señor que ha venido a pasar aquí sus vacaciones y que se llama simplemente Maning. No lo olvide.

—El cambio de nombre no cambia la condición... Es como si al puente de Londres se empeñara usted en llamarle el parque de fieras...

—Le apuesto una libra a que paso inadvertido... Usted misma no acertó a reconocermos cuando llamé a la puerta, y con los demás pasará otro tanto... Me habrán visto centenares de veces en la pantalla, y no me reconocerán. Además, todo el mundo cree que a estas horas Roberto Maine está navegando con rumbo a América... Más que la piedra preciosa, Priskin, lo que la gente reconoce es la montura... Estoy seguro de que si viese usted a la Garbo detrás de un mostrador, lo más que se le ocurriría decir, sería: "¡Cómo se le parece esa chica a la Garbo!"... y nada más...

Priskin pensó que acaso tuviera razón y bajó al comedor donde estaban reunidos todos sus huéspedes y presentó al recién llegado:

—Señores... mi nuevo huésped, el señor... Maning...

—Mucho gusto.

—Buenos días.

—Síéntese.

Cada uno de los miembros de la compañía dijo una frase trivial, sin mirar apenas al nuevo huésped, y éste se sentó entre ellos.

—Sírvasse, sírvasse lo que guste—le dijo la señora Truscott, la vieja característica, con aquella dulce amabilidad

que la hacía querer de todo el mundo.

—Gracias, señora, es usted muy amable...

—“La última vez que él estuvo aquí, la muchacha se precipitó en sus brazos” —exclamó con voz altisonante el señor Truscott.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?—inquirió Maine, sin comprender bien.

—No haga usted caso... estamos ensayando... ¡Claro, como no está usted acostumbrado a tratar con artistas!

—¡Claro, claro! —asintió Maine, riendo para sus adentros.

—“¿Pog qué esa pgetensión univgesal de cubrir mi pasado de ignominia?”

—¿De qué? —preguntó Pedro, interrumpiendo su sopa que sorbía con verdadera fruición.

—*Ignominia*—repitió un caballero de grandes mostachos y aspecto extraño.

—Se dice ignominia.

—Yo no sé pronunciar eso...

—Es igual... nos ayuda muy bien... no se preocupe —intervino la viejita Truscott con mansedumbre—. ¿Verdad que lo hace muy bien? —preguntó a Maine, que estaba sentado a su lado.

—Perfecto... Ese acento extranjero está muy bien imitado.

—Pero no le va al papel... y además no es imitado... El señor nos hace el favor de leernos el papel del primer actor para que nosotros podamos ensayar los nuestros... Pero él no es de nuestra

compañía... Es el capitán Angst, que trabaja en el Circo con sus focas amaestradas... ¡Si las viera usted!... ¡Son casi humanas! —afirmó la Truscott, que siempre encontraba el medio de decir cosas agradables para cada uno de los que la escuchaban.

—*Ahoga...* debo entrag serio y anunciar mi llegada *tosando* a discreción...

—*Tosiendo...* tosiendo...—corrigió Pedro—. Y además debe decirlo con alegría...

—¡Oh, no, no puedo!... Tengo el cogasín hecho pedasos... ¡No puedo!... Mi pobresita foca está enfegna... y voy a darle la medicina...

El capitán Angst se levantó y se marchó casi llorando al recordar la gravedad de una de sus focas.

—¡Pobre capitán Angst!... Las focas son todo su caudal y creo que las tiene a todas muy delicaduchas.

—¡Qué lástima! —murmuró Maine.

—Ha zambullido a una en la bañera y la peste tira de espaldas —comentó Carol, que había permanecido callada hasta entonces.

—Bueno, por hoy no podemos seguir el ensayo... ¡Nos hemos quedado sin primer actor! —refunfuñó Pedro, que seguía con un humor negro como la tinta.

—Espere, quizá el señor Maning se preste a leernos el papel...—intervino

la simpática Truscott—. ¿Tendrá usted inconveniente?

—Por mi parte... con mucho gusto.

—Muy amable... Yo le explicaré — dijo la Truscott, dándole el papel—. ¿Ve usted? Usted es "Sir Charles"... Los nombres de los personajes preceden a la frase, y esas palabras sueltas son el bocadillo..., quiero decir, las últimas palabras que dice el personaje al que debe usted replicar... Supongo que lo entiende usted, ¿verdad?

—Sí, sí, perfectamente... — sonrió Maine, envolviendo a la viejecita en una mirada en la que había un destello de burla discreta.

—A ver, pues, vamos a empezar. Diga la última frase—ordenó Pedro a la Truscott.

—“La última vez que estuvo él aquí, la muchacha se precipitó en sus brazos.”

—“¿Por qué esta pretensión universal de cubrir mi pasado de ignominia? Entraré serio ahora y anunciaré mi presencia tosiendo discretamente...” — levó Maine.

—No lee del todo mal... pero no tenga miedo de darle expresión a la frase—aconsejó Carol, que estaba sentada al lado derecho de Maine.

—Gracias, señorita... Es que reservaba la emotividad para el caso de que hubiese más adelante una escena... de amor...

—Sigamos, sigamos—dijo Pedro.

El célebre actor cinematográfico continuó leyendo:

—“Remover las cenizas de un amor que ya no existe, raramente produce un beneficio... Toda persona inteligente vive en presente y considera su pasado como una cuenta corriente de la cual saca experiencia...”

—¡Estupendo! — gritó en aquel momento Charlie, un nuevo huésped al que Maine no había visto aún—. ¡Será un primer actor magáifico! ¡Y yo que había apostado a Semy seis contra cuatro a que no encontrarían a nadie para ese papel!

—No seas necio, Charlie; el señor Manning no es actor; se ha prestado únicamente a darnos el papel.

—Yo creo que te equivocas, Pedro. Podrá no ser actor, pero no lo hace del todo mal. ¿No ha trabajado usted nunca en el teatro?

—Sí... pero hace ya muchos años... —replicó Maine vagamente.

—Yo creo que te equivocas, Pedro, probándole en ese papel — insinuó Carol, que sentía simpatía hacia aquel hombre ya maduro, que tenía una expresión interesante y que parecía haber vivido mucho y tener una larga experiencia de todo.

—¡Qué tontería!... Anda, vamos al teatro a ensayar—replicó Pedro, que en contraposición con lo que sentía su te-



via, pensaba que el nuevo huésped era muy antipático.

—Te lo digo en serio. Deberíamos presentarlo a Sambourne.

—No es ése el tipo que necesitamos. Hace falta un hombre de mundo, que sepa vestir bien, que esté acostumbrado a tratar con la sociedad... En fin, algo que no se parece en nada a ese patán por el que tú abogas.

—Pues yo insisto en decirte que, maquillado y vestido adecuadamente, saldría airoso del paso y nos sacaría de este apuro... No sé, pero tiene algo que recuerda así, vagamente, a Ronald Colman o a Roberto Maine... —murmuró Carol, soñadora.

—¿A Roberto Maine?... ¡Tú estás loca!... Un Roberto Maine con dos palmos de menos y diez años más que el verdadero... —gruñó Pedro.

—Supongamos que tienes tú razón... Pero ese hombre está ahora aquí y nos podría ayudar, aunque no se parezca en nada ni a Colman ni a Maine... Deberíamos aprovecharlo para estrenar el lunes tu obra. ¿No te parece, Charlie?

—En la tempestad, cualquier puerto es bueno—replicó Charlie con filosofía.

—¡Exacto!... Vamos, que el tiempo apremia. Yo le hablaré—dijo Carol.

Y acercándose a Maine, le dijo:

—Señor Maning, si no tuviera usted inconveniente, podría muy bien representar el papel de "Sir Charles". Habla-

remos a Sambourne, que es el empresario, y yo creo que le aceptará... Usted no se amilane ante él, que, aunque grita mucho, no muerde.

—Pero, querida... Debes primero saber si el señor Maning acepta o no...

—Interrumpió la vieja Truscott con su inalterable dulzura.

—¡Claro que acepta!—afirmó Carol, que se lo hacía todo ella sola por el ansia de poder estrenar la obra cumbre de Pedro—. La ocasión es única para un novato. Si no aceptara, ya lo habría dicho... Voy corriendo a hablar con Sambourne.

Salieron todos y Maine se quedó solo en el comedor, contemplando a los que se marchaban con una mirada indefinible, en la que había ironía, burla, ilusión y melancolía al propio tiempo, al pensar que, con toda su fama, toda su gloria, todos sus triunfos, una muchachita de pueblo mandaba en él como en un muñeco y que a sus años, cubierta de arrugas la frente y de canas la sien, se convertía en un novato para aquella niña que le encontraba un ligero parecido con Roberto Maine, sin saber descubrir en él su verdadera personalidad.

—¡Pero, hombre de Dios, no se queda ahí como un pastarote! — le gritó la Priskin, indignada—. ¡Vaya y dígalos que no quiere trabajar con ellos!

—¡Pero si no desco otra cosa! —



exclamó Maine, saliendo de su abstracción—. He venido aquí a evocar la emoción del pasado... y el pasado me recibe con los brazos abiertos... ¡Esa rubita me va a descubrir, como me descubrió hace años, muchos años, aquel agente cinematográfico que me lanzó a las pantallas de todo el mundo!

—Mi querido Bob, desde que llegó usted pensé que su cabeza no funcionaba del todo bien... Ahora scabo de vencerme de que no me equivocaba—dijo la Priskin, mirándole compasivamente, como hubiera podido mirar a un niño enfermo.

...

Roberto Maine fué a visitar a Sam-  
bourne, por indicación de Carol. En-  
tró en el despacho del empresario y  
director de la compañía y, como viera  
que éste no levantaba la vista ni hacía  
la menor señal de darse por enterado  
de su presencia, dijo:

—¿Puedo sentarme?

—Si está usted cansado...— gruñó  
Sambourne, mientras acababa de tomar  
unas notas en su cuaderno.

Luego levantó la cabeza, miró al que  
estaba frente a él y le preguntó con  
acritud:

—¿Cómo dice que se llama?

—Maning.

—Nunca había oído ese nombre.

—No es culpa mía.

—¿Dónde ha trabajado usted?

—En América.

—¡Yah!... Bonita respuesta... ¿En  
qué puesto?

—Como primer actor.

—No se parece usted en lo más mí-  
nimo a los que yo conozco.

—Usted perdona, pero todo el mundo  
me confunde con Roberto Maine.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué risa!... ¡Ni re-  
motamente!... ¡Roberto Maine es un  
cordialísimo amigo mío!

—¿De veras?—preguntó Maine con  
sorna.

—¡El gran Robertito!... Todo me lo  
debe a mí, en realidad—aseguró Sam-  
bourne, dándose tono.

—Le estará muy agradecido.

—¡No quiera usted saber! Y no le  
faltan razones para ello... Bueno, ¿ha  
leído usted la obra?

—Sí, señor, y creo que armará un  
alboroto.

—Le advierto que no me interesa su  
opinión. ¿Por qué supone usted que  
es capaz de representar el papel de  
"Sir Charles"?

—La idea no ha sido mía.

—Ni mía tampoco. A mi entender, estaría usted mejor detrás de un mostrador vendiendo fideos, que frente a las candilejas.

—Una pregunta... señor... señor... me he olvidado de su nombre... ¿Es así como acostumbra usted hacer el reparto?—inquirió Maine, que comenzaba a ponerse nervioso.

—Así es.

—¿Pero cómo es posible que pueda formar opinión de un artista sin verlo actuar?

—Olfato, querido amigo, olfato... Tanto, que Gerard de Maurier solía decir: "No hay nadie capaz de hacer el reparto de una obra como Fred Sambourne."

—Y seguramente tendría razón.

—Sin embargo, nadie puede acusarme de no haber probado a este o a aquel actor... Bien, diga usted algo, para que yo le oiga... Veamos.

—¿Para qué, si tengo la convicción de que no va a darme ningún papel?

—He dicho que diga algo —ordenó Sambourne con altivez.

—Pues, va a oírme—replicó Roberto, poniéndose en pie.

Se estiró la chaqueta, se arregló la corbata, se alisó el pelo, se cuadró como si fuera a recitar un largo monólogo, y dijo:

—¿Es usted un presuntuoso! ¡Un asno presuntuoso! ¡Y sienta un verdadero

placer ayudándole a hundir los hocicos en ese merengue que se va a comer!

Y, tal como lo decía, le apretó con fuerza la cabeza sobre el pastel de merengue que tenía ante él, dejándolo allí debatiéndose con el dulce, que le rezumaba por nariz, ojos, boca y orejas.

Poco rato después, la Priakin entraba en el cuarto de Maine y encontraba a éste sumido en una honda y triste meditación.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Que desgraciadamente he llegado a la triste conclusión de no haber tenido una idea genial, ni mucho menos, al saltar del tren y quedarme en Torrance.

—¿A qué obedece esa decepción?

—Al granuja de Sambourne. Me ha quitado todo el buen humor que tenía.

—¡Ah, siempre será usted el Bob de aquellos tiempos! Entusiasmado un instante y desolado un segundo después. Nunca los términos medios. Siempre en los más opuestos extremos...

—¿Y qué quiere que haga?... ¡No comprendo cómo pude resistir entonces esta existencia miserable!

—De todo hubo, como en la botica, bueno y malo...

—No lo dudo, pero estoy seguro de que hubo mucho más malo que bueno.

—¿Pero cómo se le ocurrió volver aquí?—preguntó la Priakin, que no



acertaba a explicarse qué hacía aquel gran actor en aquel pueblo miserable.

—¿Qué sé yo!... ¿Se sorprende usted, verdad?... ¿No ha sentido usted nunca la nostalgia del pasado? ¿El ansia de volver al ayer?

—Pero esto no se cura con estúpidas lamentaciones — comentó la Priskin, que estaba muy lejos de ser una romántica, pero que alguna vez también había sentido la infinita melancolía de los tiempos pasados.

—¡Cállese y no me exasperel!

—No hay razón para perder el temple y ponerse como usted se pone.

—El mal temple no lo he perdido... ¡lo he multiplicado! — gritó Maine—. Es lo único que conservo en esta ridícula y estúpida farsa que estoy viviendo. ¡Déjeme en paz!

La Priskin salió de la habitación y pensó que las tormentas había que recibirlas como una bendición del cielo, puesto que eran las que vivificaban la naturaleza, y con su filosofía de cincuentona, se fué a barrer la escalera en espera de que volviera a salir el sol.

Aquella noche, en el teatro, al terminar la representación, Sambourne salió a escena, se adelantó hasta las candilejas y, cuando en la sala se hubo hecho el silencio, dijo:

—Señoras y caballeros... Por haber tenido que prescindir del primer actor, y ante la imposibilidad de reemplazarlo

en breve plazo, me veo en la necesidad, en la lamentable necesidad, de suspender el estreno de la nueva obra que estaba anunciada para el próximo lunes... Si en fecha próxima pudiera procederse a la reapertura del teatro, se anunciaría oportunamente en la forma acostumbrada. Muchas gracias a todos.

Cuando cayó el telón, la compañía rodeó a Sambourne con gesto decaído.

—Eso quiere decir que nos dejáis cesantes, ¿eh? — preguntó Charlie al empresario.

—Me has interpretado muy bien... Como veis, no hay primer actor, y sin primer actor no puede haber estreno.

—Nosotros tenemos un primer actor — sugirió Carol, que estaba aferrada a su primitiva idea.

—He telefoneado a todas las agencias y no pueden mandar a ninguno.

—Pero ¿y Maning? ¿Qué ha pasado con Maning? — inquirió Carol, haciendo frente a la situación.

—No es el tipo que necesitamos.

—¡Pues yo creo que es precisamente el tipo que necesitamos!

—¡No admito discusiones en este asunto! — rugió Sambourne.

—¡Pues discutiremos! — chilló Carol, gritando más que el empresario—. No vaya usted a creer que nos tragamos esa bola de que ha telefoneado usted a todas las agencias... ¡Usted lo que quiere es no estronar la obra!

—¿Y qué razón podría tener para conducirme de ese modo?

—La de largarse tranquilamente, sin abonar nuestros sueldos — dijo Charlie, que no se andaba con rodeos para cantar las verdades.

—¡Oh!... — gritó la primera actriz agitando su cabeza llena de rizos—. ¡Qué gentuza más... desagradecida!

—¡Cuidado con lo que dicen! — intervino la dulce señora Truscott, que cuando era necesario sabía también imponer su razón—. No pueden dejarnos así. Tienen que pagarnos nuestros sueldos más quince días de indemnización.

—Bien... yo no les niego el derecho... pero no sé cómo lo van a cobrar — repuso Sambourne cínicamente.

—Amparándonos en lo establecido y aplicándole todo el peso de la Ley — dijo la buena señora con una suave energía que acaso tuviera mucho más valor y poder que todos los gritos de los demás.

—Puede usted proceder como tenga por conveniente. Esto es una compañía limitada y ni usted ni nadie cobrará un solo céntimo.

—Ea usted un truhán... sencillamente un truhán... — afirmó la señora Truscott, a quien le pareció emplear con aquella palabra el peor de todos los insultos.

—Vamos, Grace, no podemos continuar aquí escuchando las impertinen-

cias de esos miserables — dijo Sambourne cogiendo del brazo a su mujer y alejándose de allí como si realmente se sintiera muy ofendido.

—He sabido cantárselos, ¿verdad? — preguntó la viejecita Truscott a su esposo.

—Sí, querida, digna y soberbiamente — replicó él, que admiraba siempre todo cuanto hacía su mujercita.

—¡Ya no nos faltaba nada más que esto! — suspiró otra de las artistas—. No será culpa de la patrona... pero estoy segura de que acabará pagándolo ella...

—¿Y dónde iremos ahora, estando como estamos en plena temporada y todos los artistas contratados ya?

—¿Y si denunciarnos el caso a la Sociedad de Autores?

—Sería inútil. Lo cierto es que nos ha fastidiado... ¡Ya ocurrió una vez y ocurrirá cuantas veces quiera ese viejo estúpido al que no podemos vencer porque es él quien, con su dinero, nos humilla y nos veja!... ¡Ea, vamos a beber, yo os convido! — dijo Charlie. Y añadió con nobleza: — Yo os convido... y la patrona pagará...

La patrona, en aquel momento, entraba de nuevo en el cuarto de Maine y, queriendo distraerlo de sus murrias, le mostró unas fotografías, diciéndole:

—Entre mis cosas, he encontrado estas fotos, tomadas durante la última

temporada que actuó aquí la compañía Watson-Kirby.

—No tengo interés en verlas—gruñó Roberto, volviendo la cara.

—Yo creí que le divertiría verse con su gracioso "panamá..."

—¿No tengo interés en verme, ni con "panamá" ni sin él!...

—Y yo que creí que le interesaría...

—¿De ningún modo! —gritó Maine cogiendo las fotos y comenzando a mirirlas—. ¿A quién puede interesar ya aquel Roberto Maine?... ¡Vaya sombrero ridículo que llevaba!... Si me topase ahora con él, ni yo mismo le reconocería... ni podría comprenderle... y posiblemente me sería muy antipático con sus bravatas juveniles y sus locas aspiraciones... ¡Sí, me es antipático... ese Roberto Maine del sombrero ridículo echado sobre las cejas, que ya no forma parte de mí!... ¡Ya no me pertenece!...

—Vamos, déjese de tonterías...

—Priskin, esto no son tonterías... Esto me ha revelado algo que no pude nunca sospechar: nuestra realidad es sólo la del momento, y si alguien imagina que su pasado existe y puede revivir, es un loco, un pobre iluso, nada

más... El joven Bob Maine durmió en esta cama dura e incómoda, como un tronco... ¿Podría hacerlo yo ahora?... ¡Ni pensarlo!... Y ese viejo espejo partido por la mitad que el joven Maine empañó con sus muecas grotescas, ¿podría servirme ahora para hacer aquellas mismas muecas?... ¡Oh, no, sería ridículo!... He sido un pobre loco, Priskin, un soñador que ha creído poder abrir las puertas del pasado y volver a vivir lo que ya se fue para siempre... No, no se puede volver al ayer... Sólo se hallan fantasmas, sombras sin emoción, porque carecen de realidad de vida, ya que son cosas que han muerto dentro de nosotros mismos y que nada puede hacer revivir... El experimento que quise hacer ha fracasado, mi querida Priskin... Búqueme un taxi... Me voy esta misma noche...

Roberto Maine comenzó a hacer sus maletas. No quería seguir allí. Volvería a su vida de "astro", a su vida solitaria en medio de sus triunfos, que nada le importaban, a su vida de hastío de todo y de todos, a su vida sin ilusiones y sin esperanzas, pero en la que, por lo menos, no se sentía tan viejo como entre todo aquello que le recordaba su ya lejana juventud.



...

—¡Pedro, Pedro, Pedro!... — gritó Carol corriendo hacia su novio con el rostro iluminado y sonriente.

—¿Qué pasa?

—¡Tengo una idea magnífica!... Verás... He pensado que podemos montar nosotros tu obra por cuenta nuestra... Alquilaremos el teatro a crédito, le daremos a Maning el papel de primer actor, que, al fin y al cabo, no lo hace tan mal, y ya verás cómo lograremos un éxito tan rotundo, que será una estupendísima bofetada para ese imbécil de Sambourne...

—¿Y de quién es esa idea?—preguntó Pedro, que no lograba mejorar su humor de todos los diablos.

—Mía— afirmó Carol con legítimo orgullo.

—Pues es una necedad.

—¡Pedro!

—¿De dónde sacarás el dinero para montar la obra?

—Empeñaremos nuestras cosas.

—Primero hay que desempeñarlas.

—¡Qué desanimado estás y qué pesimista! — suspiró Carol, dejándose caer en una silla sintiendo que a ella también se le comenzaba a contagiar aquel pesimismo.

—No, no es esto... Pero pienso cambiar de rumbo inmediatamente. Esto nos ha fallado... ¡Pues hay que buscar otro camino para seguir adelante!

—¿Y qué te propones?

—Escucha — replicó el otro, doblando el periódico que tenía en la mano y comenzando a leer: "Se necesita maestro auxiliar joven." ¿Qué te parece? ¿No puedo optar yo a esa plaza?

—¡Pedro!... No puedo creer, no quiero creer que pienses abandonar el teatro.

—Ya te he dicho que he pensado cambiar de rumbo.

—¡Después de tantos proyectos y de



—Se lo diré a usted en secreto... es tan formalita que acabará  
cotándose conmigo.



—¡Al diablo con mi juventud!... ¿Qué provecho saco de ella?



—Crea que debes adelantarte tú con el equipaje. Yo iré en seguida.



Una ancianita, haciéndose paso entre la multitud, se acercó a un guardia.





Una dama, acompañada de una niña de pocos años, vino a sentarse frente a él.



Ofreció el actor un pedazo de pastel de aves que éste comió con grande apetito.



—Usted perdona, pero todo el mundo me confunde con Roberto Mainé.



—Sin duda alguna ha estado usted bastante incorrecta...



—Supongo que todos estos preparativos serán para llevarse a la  
chica de excursión...



—¡Pero esto no rima! No tiene nada que ver con la poesía.  
—No importa. La poesía la lleva una condentada en sus veinte años.





El avión pasó rápido sobre sus cabezas y se alzó, perdiéndose en las brumas del horizonte.



...la rubia Grace, con toda la fidel de su juventud marchita...



—¡Actuare!—gritó Maine, imponiéndose a aquel coro de lamentaciones.



Robert Maine, contento, risueño, feliz, cogió del brazo a Carol.



—Por una vez en mi vida, voy a perder mi norma de no mezclarme en la ajena.



—Esto es experiencia... Sin ella no se puede ser una gran actriz.

tantos planes!... — suspiró Carol, desalentada.

—Sí; siempre puede uno corregir sus errores... Sambourne me ha curado de mi manía teatral.

—Yo siempre te creí con verdaderas aspiraciones de gran escritor...

—Y yo a ti con aspiraciones de gran actriz...

—Yo sigo aspirando a ser una gran actriz... No me amilano tan pronto... y puedes reírte de mí cuanto te plazca... pero yo no desisto al primer fracaso...

—Me guardaré mucho de reírme de ti. Sólo deseo que reflexiones como una mujer y que no fantasees como una chiquilla. Que aceptes, en fin, la realidad escueta.

—Lo he reflexionado todo muy bien y creo que debemos seguir nuestro camino.

—¿Ves como no aceptas la realidad? Tendremos mucho talento, tú como actriz y yo como escritor... pero ¿qué esperanza podemos abrigar en el triunfo? Ninguna. Lo mejor es que tengamos valor para renunciar cuando aun estamos a tiempo.

—¿Renunciar?... ¿Acaso pretendes que abandone ya también el teatro?

—Lo deseo, la verdad... No es que

me ilusione ser maestro de escuela, pero al menos podremos contar con el pan nuestro de cada día y tener un pequeño sobrante para pagar las facturas de la semana... y así podremos buscar piso y casarnos...

—No pienso buscar piso... — murmuró Carol, como si estuviera distraída, pensando en otra idea.

—¿Qué dices?

—Que no estoy muy segura de querer casarme... A pesar de tu cobardía... ¡no me doy por vencida!

—Nuestro caso no es de darse por vencido o no... es de sentido común.

—¡Sentido común!... ¡Sentido común!... Escúchame, Pedro... Estoy resuelta a presentar la obra y lo haré aunque tenga que prescindir de tu colaboración... Yo sé que puedo ser actriz, y lo seré, pese a quien pese... sin que tú ni nadie pueda impedírmelo... ¡Y tú ya puedes largarte a hacer de maestro de escuela!... ¡Que te diviertas con tus chicos!... ¡Y ojalá te pongan renacuajos en el té!

Carol se alejó malhumorada y frenética al ver el poco ánimo de Pedro y entró en la casa dando un fuerte portazo, como si con él quisiera poner punto final a sus amores con el autor fracasado antes de tiempo.



...

Carol logró convencer al resto de la compañía y celebraban la idea con grandes cantos, llenando la casa de voces y de risas.

—¡Oh, me alegra mucho verles tan contentos! — exclamó el domador de focas, admirado de ver tanta alegría en aquellos rostros que siempre aparecían preocupados.

—¡Es que acaban de despedirnos a todos... y lo celebramos! — rió Charlie, levantando la copa.

—Sí, estamos cesantes... ¡Pero no importa cuando el corazón está lleno de optimismo!

—Ya es una razón para cantar... Quedarse sin trabajo... es un motivo de júbilo... — murmuró el de las focas, pensando en su fuero interno que era más fácil comprender a aquellos animalitos que al género humano.

—No, la razón que nos hace cantar no es el habernos quedado sin trabajo, sino la idea de que vamos a explotar el teatro por nuestra cuenta.

—Sí... nosotros montaremos la obra y nosotros la explotaremos... ¡Ah, cómo se va a fastidiar el viejo Sambourne! — exclamó Carol, que no abandonaba su idea.

Y dirigiéndose a la patrona, que en aquel momento entraba en el comedor, añadió:

—Señora Priskin... como sus pies son más ligeros que los míos, vaya arriba y dígame al señor Maning que le esperamos.

—¿Para qué?

—Para ofrecerle un empleo.

—¿Un empleo? — gruñó la Priskin, mirando con sorpresa a todas aquellas comiquillos cargados de pretensiones.

—Sí, un empleo, ¿qué tiene de particular? — replicó Carol, que era quien llevaba la voz cantante en aquel asunto.

—¡No sean ilusos!... Se engañan si creen que podrán contratar al señor Maning para que trabaje con ustedes.

—¿Y por qué no ha de querer trabajar con nosotros? Vamos, señora

Priskin, beba a la salud de la "Compañía que sabe arreglarse por su exclusiva cuenta" — dijo Charlie, ofreciendo una copa a la patrona.

—Buena compañía de tercos están hechos todos ustedes... Voy a encargarme un taxi para el señor Maning, que se marcha esta misma noche.

—¿Que se marcha?... ¡Ah, no, no le dejaremos escapar! — afirmó Carol.

—Lo tiene decidido así y no será usted quien le haga cambiar... Los objetos y las personas son completamente distintos de lo que parecen.

—Vámonos, Priskin, beba un poquito y se le aclararán las ideas.

—Se equivocan ustedes si creen que no digo la verdad... Son ustedes unos cabezotas, que no ven más allá de sus narices.

—Esperad un momento — interrumpió Carol—. Maning debe beber con nosotros y brindar por la nueva compañía... Yo misma iré a buscarle.

—¿Si supieran ustedes lo que yo sé, no harían tal cosa! — dijo la señora Priskin, a la que se le estaba ya suhiendo a los labios el secreto que guardaba.

—¿Qué es lo que sabe usted?

—Vámonos, hable.

—Séquenos de dudas.

—Diga lo que pasa.

—Pues... que el señor Maning... no es otro que... que... ¡Roberto Maine!

—¿Eh?... ¿Roberto Maine? — preguntó Carol, llena de asombro.

—Nada más que eso: Roberto Maine — repitió la Priskin con altivez.

—¡Roberto Maine!... ¡Y le ofrecemos dos libras semanales!...

—¿Me autorizan ahora para que vaya a buscar el taxi? — preguntó la señora Priskin.

—¡Ahora menos que nunca! — replicó prestamente Carol—. Si es Roberto Maine, tanto mejor... nos conviene mucho más para nuestros planes...

—No seas loca, chiquilla, no seas loca... — rogó Charlie, a quien la noticia había achicado.

—¿Vas a pretender que una de las más célebres estrellas de la pantalla se mezcle con comiquillos de mala muerte como nosotras? — agregó la segunda dama.

—¿Por qué somos de "mala muerte"?... Podemos trabajar ante cualquiera... Lo hacemos bien, mejor que muchos que triunfan por esos mundos... Lo que necesitamos para darnos a conocer es publicidad, nada más que publicidad... ¡y ésta es la ocasión de encumbrarnos, de llegar a la cúspide de nuestra fama!

—Tienes razón, querida — afirmó la suave e inteligente señora Truscott.

—Con que Roberto Maine actúe una sola vez con nosotros, nos basta y co-

bra para asegurar el éxito de la temporada.

—¡Pero qué manera de disparatar! —exclamó la señora Priskin, escandalizada—. No esperen que Roberto Maine se quede aquí para salvarles a ustedes la temporada.

—¿Lo ha dicho él así?

—No con estas mismas palabras...

—Entonces...

—Pero no dejan lugar a dudas sus repetidas lamentaciones por haber tenido la debilidad de quedarse en este pueblo y de mezclarse en los asuntos de ustedes y en los míos...

—¡Ah, ya!... —exclamó Carol, encendida por la ira—. ¡Conque se considera tan por encima de nosotros que nos desprecia olímpicamente!... ¡Pues ahora va a ver!

—¿Qué piensas hacer, chiquilla? —preguntó Charlie, un poco asustado de la actitud de Carol.

—Decirle a ese melón de Hollywood cuatro frescas bien dichas.

Salió del comedor, subió las escaleras a saltos y, después de haberse anunciado con un golpe seco, entró en el cuarto de Maine y se encaró con él, hecha una pequeña, una deliciosa furia:

—¿Conque nos ha engañado usted? ¡No es usted el insignificante señor Manning, que viene a descansar a este pueblo... sino el gran actor Roberto Mai-

ne!... ¡Y qué bonito habrá encontrado usted divertirse a costa nuestra!... ¡Se habrá vuelto loco de alegría al ver que le hacíamos ensayar un papel creyendo que apenas sabía leer!... ¡Y lo que se divertirá cuando nos vea a todos en medio de la calle muriéndonos de hambre!... ¡Todos sin trabajo, por culpa suya!... ¡Ah, yo no comprendo que al gran Roberto Maine le perjudicase trabajar con actores modestos, a los que, en cambio, habría podido favorecer con una propaganda original y simpática!... Usted nos podía haber salvado con un rasgo generoso y, en lugar de esto, se complace en hundirnos, alejándose de nuestro lado cuando más le necesitábamos. ¡Y nada más, señor Maine!... Váyase usted, ya que ésta es su voluntad... pero no quiero que se vaya a Hollywood sin que sepa que hay una persona en su camino que tiene el placer de llamarle en su propio rostro: Melón, melón y melón... ¡Adiós!

Maine había escuchado las palabras de la muchacha mirándola con atención, viendo en ella, por primera vez, todo su juvenil encanto, su cutis toro, sus grandes ojos azules, limpidos y llenos de luz, la aureola de oro de sus cabellos, su boca jugosa como una fruta madura, y sonreía oyéndola, viéndola agitada, roja de emoción, temblando de rabia, mientras fluían rápidamente las palabras y los ojos lanzaban chis-



pasos que parecían querer fulminarle como un rayo.

—¡Eh... espere! — gritó cuando se dio cuenta de que Carol iba a salir sin añadir palabra—. ¡Espere un momento!

—He dicho cuanto tenía que decir— replicó Carol deteniéndose en el umbral de la puerta.

—El que tiene que hablar ahora soy yo... ¿Quién ha dicho que yo no aceptaba el papel que ustedes me ofrecían?

—Usted... usted lo ha dicho... ¿Verdad que sí?—preguntó Carol en tono humilde, pues comprendía que había estado demasiado violenta.

—Yo no he dicho tal cosa... Fué Sambourne quien no quiso admitirnos en la compañía.

—Sambourne no es ya nadie para nosotros. Nos despidió a todos y ahora queríamos hacernos nosotros cargo del teatro y representar la obra por nuestra cuenta.

—¡Es una gran idea!... ¿Y por qué no lo hacen?

—No se haga el tonto... No lo hacemos porque no tenemos primer actor y usted no quiere aceptar...

—Haga el favor de no excitarse y de hablar con calma. ¡Yo no he dicho nunca que no quería trabajar con ustedes!

—Pero usted es... ¡el gran Roberto

Maine! — exclamó Carol con irónico acento.

—...que tiene firmado un contrato con una compañía cinematográfica y, por consiguiente, no puede tomar parte en otro espectáculo—concluyó Roberto con calma.

—Es verdad... Creo que no me he portado correctamente... — murmuró la muchacha, un poco avergonzada de haberse dejado llevar por su apasionamiento.

—Sin duda alguna... Ha estado usted bastante incorrecta...

—Es que... antes de subir... bebí un poquito... para tener más ánimo...

—¡Qué vergüenza!... ¿Y cómo se les ha ocurrido hacerse cargo del teatro? — preguntó Maine, que comenzaba a sentirse interesado por aquella mujercita tan decidida y tan linda.

—Pues porque la obra es una verdadera maravilla... Pedre la escribió para nosotros y hubiésemos logrado un éxito... ¡Era una oportunidad estupenda, única! ¡Una magnífica ocasión de hacer arte y fortuna! Y ahora... ¡Ríase usted, si quiere, pero yo estoy segura de que si nos daban la oportunidad, alcanzaríamos el triunfo!

—Esto mismo, exactamente, dije yo un día en este mismo cuarto—susurró Maine, recordando con melancolía—. ¡Si me dieran la oportunidad!... ¡Tu-



dos hemos soñado en esa posible oportunidad!...

—Entonces... no se burle de mí... —suplicó Carol, muy ingenua, muy infantil, tanto, que a Maine le entraron ganas de abrazarla como a una niña.

—No me río... al contrario... la envidio—le replicó—. Envidio su resolución y su entusiasmo, Ambición de conquistar el mundo sin temor a nada ni a nadie en la vida... Eso es lo que yo tenía... y lo que creía haber perdido para siempre. Si tomara usted una resolución... ¿vacilaría ante el temor de correr un riesgo?

—Puedo asegurarle que no—afirmó Carol.

—Igual que yo... Yo pensaba igual cuando vivía aquí... —Maine tomó una

resolución y, viendo a la señora Priskin, que había entrado en la habitación, dijo: ¡Ah, Priskin, pague el taxi y dígame que se vaya!... ¡Yo me quedo aquí otra vez!... Y vaya abajo y pida el libro de la comedia y súbalo con café... mucho café... y muy negro... Esta es la mejor hora para estudiar los papeles...

—Así... ¿acepta? —preguntó Carol sonriendo con inefable sonrisa.

—Ya lo ve.

—¿Y... el contrato con la compañía cinematográfica? —susurró, temerosa.

—Sólo un inconsciente puede recordármelo ahora... Lárguese y déjeme estudiar... ¡Siempre me ha gustado estudiar mis papeles a esta hora!... ¡Ah, vuelvo a ser dichoso, muy dichoso!

\* \* \*

Mientras Maine estudiaba su papel para representarlo con aquella compañía insignificante de un pueblo olvidado, en Nueva York, los representantes del gran actor cinematográfico se desesperaban por su larga ausencia y por los rumores que hasta ellos habían llegado de aquella extraña decisión de Roberto Maine.

—¿Dices que va a representar en el teatro?—preguntaba Regan a su amigo Morrison, que era quien le había traído la noticia.

—Eso me acaban de decir.

—¡Pero si el contrato no se lo permite!

—Habrá que impedirselo a toda costa.

—Vereinos qué puede hacerse. Primero llamaré por teléfono a la compañía naviera, para saber si embarcó o no en el "Normandía", como había dicho.

Fué difícilísimo hablar con las oficinas de la compañía de navegación y,

como era día festivo, cuando logró la comunicación se encontró nada más que con el conserje, que no sabía nada de lo que le preguntaban.

Regan estaba desesperado. Tras muchos esfuerzos y muchas llamadas telefónicas, averiguó que Roberto Maine no había embarcado y que, sin duda alguna, ya que no podía creerse en la posibilidad de que hiciera a nado la travesía, seguía tranquilamente en Inglaterra.

Regan tuvo una idea luminosa e hizo circular el siguiente telegrama a todos los teatros de provincias de Inglaterra, en la seguridad de que en uno u otro darían con Maine:

*Terminantemente inadmisible la representación que prepara.*

Y la representación se iba preparando con el entusiasmo de toda la compañía que, gracias a la ayuda de Ro-

berto Maine, podría salir airoso de su cometido.

Todos se habían puesto a trabajar con entusiasmo y cada uno de ellos se creía el personaje más importante de aquella hazaña que realizaban.

Charlie parecía haberse crecido, tan orgulloso estaba en su papel, ya que a él le habían confiado llevar a cabo los trámites para lograr el arriendo del teatro y la concesión del permiso para hacerse cargo de él.

—Lo del teatro está ya arreglado —decía con énfasis, irguiéndose dentro de su chaqueta, que parecía haberle quedado chica para su tamaño—. He hablado con el alcalde y he logrado las máximas facilidades...

—Perdone... —le interrumpió un joven que llegaba a la puerta del teatro con el bloc de notas en la mano—. Pertenecemos a un periódico local. Me han dicho que los actores se han hecho cargo del teatro y que van a lanzar una nueva obra.

—Así es. Y si viene usted mañana, a las nueve, le podré dar una magnífica sorpresa —contestó Charlie, en tono un poco misterioso.

—¿Pur qué no me la da usted ahora?...

—Porque me han sellado la boca... Hasta mañana no levantarán el castigo...

—Entonces, hasta mañana... Resér-

venme la sorpresa para mí solo... Mi periódico le estará muy agradecido...

—...y usted tendrá su comisioncilla... De acuerdo, se la reservo —rió Charlie.

Y volviéndose al portero del teatro le preguntó, después de haberse despedido del periodista:

—¿Ha comenzado ya el ensayo?

—Hace ya mucho rato que comenzó.

—¿Habrán llegado ya a mi escena?

—Todavía no, pero no tardarán. Lo que no comprendo es por qué no hacen publicidad a costa de Maine.

—¡Claro que la haremos! ¡En ella confiamos!... Pero será a última hora, cuando ya no haya tiempo de nada... Si le descubrieran, impedirían su actuación.

—¡Eso sería terrible!

—¡Un desastre! —afirmó Charlie, entrando en el escenario para ver cómo seguía el ensayo.

En el escenario todo era vida nueva, alegría, movimiento, rostros iluminados por la ilusión y la esperanza.

—¿Cómo va eso? —preguntó Charlie, miránolos a todos con verdadera complacencia.

—Estupendamente. Parece que a todos nos hayan quitado veinte años de encima —aseguró el señor Truscott.

—Es una suerte pertenecer a una profesión en la que hay personas de tan espléndidos rasgos —dijo, riendo,

la señora Truscott, mientras miraba con simpáticas dulzura a Roberto Maine, que sonreía también al verse rodeado de un ambiente que le hacía remontar el curso de su propia vida y volverle a los años de su primera juventud.

—Sigamos, sigamos el ensayo — dijo, impaciente por la interrupción sufrida con la llegada de Charlie.

En escena estaban la vieja Truscott, Roberto Maine y Carol. Hablaba la Truscott:

—“He pensado muchas veces qué aspecto tendría Barba Azul.”

—“Querida, eso no es justo... ¡Cualquiera se casa con un novato!”—replicaba Carol.

—“¿Pero no va todo esto a favor mío?”—decía Maine—. Ya saben que en todas las actividades la experiencia es una recomendación... ¿Por qué no en el matrimonio?... Le aseguro a usted, señorita...”

Se detuvo, porque había olvidado su papel, mejor dicho, había tenido tan poco tiempo para estudiarlo, que no sabía qué era lo que seguía.

—¡Bah, bah, bah!... — musitó—. No lo aprenderé nunca, pero saldré airoso la noche del estreno...”

—“Uno de los más...”—apuntó Carol, que se sabía de memoria toda la obra, porque Pedro se la había leído centenares de veces y los dos la habían

recitado juntas otras tantas para ver qué efecto haría llevada al teatro.

—“Uno de los más patéticos espectáculos del mundo, es el de un novato dirigiéndose al altar...” —dijo Maine, cogiendo de nuevo el hilo de su papel.

—“Decididamente, ¿está usted resuelto a casarse con mi hija?”

—“Lo haría con su cadáver...”

—“Debo advertirle que si cuenta usted con heredar algo mío... debe quitárselo de la cabeza...”

—“Créame... nada más lejos de mi pensamiento, excepción hecha de este brillante... de este brillante discurso que he olvidado por completo...”

—Ha de estudiar más—insinuó Carol.

—¡Bah, no se preocupe! La noche del estreno todo saldrá bien... Abrazos, telón, fuertes aplausos... ¡Y todos felices!

Carol rió como una chiquilla feliz, y aquella risotada fué a herir el corazón de Pedro, que permanecía en un rincón, consumiéndose de celos, porque veía que Carol atendía más a Maine que a él y porque desde la noche en que habían tenido la discusión a propósito de la representación, no habían vuelto a cruzar la palabra.

—¿Todavía no habéis hecho las paces?—preguntó una de las artistas.

—No, generalmente espero tres días —replicó Pedro, cejijunto.



—No esperes tanto esta vez... Hay más peligro ahora que tiene a su lado un hombre como Maine... ¿Por qué no hablas con ella después del ensayo?

—Aunque parezca mentira, ya había pensado hacerlo así.

Maine se acercó a Pedro en aquel momento y, como estaba totalmente ajeno a la antipatía que éste sentía hacia él a causa de Carol, le preguntó con toda su amabilidad:

—¿Es así, poco más o menos, como ve usted su obra, Pedro?

—Sí, sí, así ca... siga... siga... Hagan lo que les parezca... A mí me es indiferente...

—No, Pedro, usted debe darnos su franca opinión... Al fin y al cabo, no soy más que un nuevo miembro de la compañía...

—¡Calle, por Dios!... ¡Usted es muy grande, y no necesita profesores!

—Bueno... pues vamos a dar un toque a la escena final...

En las butacas, sentados en la sombra de la platea, Sambourne y su esposa presenciaban el ensayo.

—No sé dónde he visto yo esa cara — había murmurado ya varias veces Grace, al ver a Roberto Maine.

—Quizá sea en un amor romántico de tu pasado — comentó Sambourne, que estaba acostumbrado a la evoca-

ción de aquellos recuerdos por parte de Grace.

—No... si fuera así, lo recordaría exactamente... No he olvidado ningún rostro de los que han pasado por mi vida, dejando una estela de luz en mi alma...

Un repartidor de telegramas se acercó a Sambourne y le preguntó:

—¿Es usted Roberto Maine?

—¿Yo?... ¡Anda, lárgate y déjame en paz!... ¡Yo no soy el que tú dices!

—Ea que traigo un telegrama para él.

—No sé de nadie que se llame así — afirmó Sambourne con su eterno mal humor.

—¿Qué nombre ha dicho ese muchacho? — preguntó Grace, como recordando.

—Roberto Maine — repitió el repartidor.

—¡Roberto Maine!... ¡La estrella cinematográfica!... ¡Es él... es él! — exclamó la primera actriz, haciendo grandes aspavientos.

—Pero... ¿qué es lo que quieres decir?

—¡Que es él! ¡No te quepa duda!... ¿Quién otro se hubiera atrevido a meterte la cabeza en el mergue?

—¿Es posible? Querida mía... he cometido el primer error de mi vida — exclamó Sambourne, bajando la cabeza.

...

En el escenario, los artistas seguían ensayando y ahora eran Charlie y Maine los que estaban haciendo "su escena".

—“Ahora que hablamos de este asunto... ¿quieres decirme qué relación existe entre tú y Elisa?”—preguntaba Charlie en tono altisonante y enfático.

—“Mi querido Kennet... remover las cenizas de un amor que ya no existe, raramente nos reporta beneficio... las personas inteligentes viven su vida presente y miran el pasado como una cuenta corriente de la que sacan experiencia...”

Terminada la escena, Maine dijo a Charlie, con un estrecho apretón de manos:

—Es muy fácil trabajar con usted... Es usted un buen actor.

—Lo soy más aún cuando he bebido un trago—replicó Charlie, riendo.

—¿No es usted el Charlie Miller que trabajaba en la compañía infantil de Maurier?

—No tengo nada que ver con él —contestó el actor fracasado, no queriendo acordarse de sus épocas de triunfo y de gloria.

—Cuando yo empezaba a trabajar—siguió diciendo Maine, que estaba seguro de que aquel joven actor que tanta fama adquirió en la compañía de Maurier y el que tenía ante sí eran una misma persona—, estuve tres cuartos de hora esperando la oportunidad de pedirle un autógrafo... y no me arrepiento de ello... porque sigue usted siendo el actor bueno, acertado, justo, que era entonces, aunque no haya tenido ocasión de demostrarlo ante públicos conocedores del verdadero arte.

Luego, dejando a Charlie, que se sintió emocionado por aquellas palabras, dijo a Pedro:

—¿Quiere que demos por terminado el ensayo de hoy? Quisiera estudiar un poco mejor mi papel.

—Bueno... como quieran... ¡Mañana, ensayo a las nueve!—gritó.

—¡Hasta mañana!—dijeron todos.

Roberto Maine se acercó a Carol, que permanecía sentada en una silla, inmóvil, como ausente, y le preguntó:

—¿Está usted cansada?

—No... ¿por qué?

—¿Quiere ir, en canon, a la isla Tuesday?

—De buena gana... ¡pero cuesta muchísimo dinero!—replicó Carol con los ojos encendidos de ilusión.

—No le preocupe ese detalle... A mí me encantaría la excursión... Es decir, si es que aun hay gaviotas en la isla.

—Las hay a millares.

—¡Si supiera los deseos que tengo de echarles unas migas de pan!

—Entonces... vamos... —aceptó Carol, dispuesta a seguirle.

—Señor Maine—dijo en aquel momento el viejo Truscott, acercándose al grupo—. ¿Quiere hacerme el honor de aceptar una copita?

—Perdóneme... pero nos vamos a la isla Tuesday.

—¡Ah!... Entonces... quizá cuando regresen...

—Sí, sí; acepto ya desde ahora.

Roberto Maine, contento, risueño, feliz, sintiendo que la juventud había vuelto a él, cogió del brazo a Carol y corrieron hacia la playa en busca de la canoa que les trasladaría a la isla, a aquella isleta donde tantas veces había ido con sus novias a echar migas

de pan a las gaviotas y a escribir sus nombres en las rocas, metidos los dos dentro de un solo corazón.

Pedro Tropp volvía en aquellos instantes al hotel con las manos cargadas de paquetes, y el viejo Prendergast, que gustaba siempre de chancarse del muchacho, le detuvo con una socarrona sonrisa y le preguntó, mirándolo por el rabillo del ojo:

—Cargadito viene... ¿Qué lleva usted ahí?

—Tres pasteles, cuatro emparedados de jamón y un melón, además de dos botellas de agua mineral—replicó Pedro riendo y mostrando dos botellas de buen mosto que traía en una de las manos.

—¡Je, je, je!... ¡Siempre de jarana! ¡No hay como ser artista para no tomar la vida en serio!... ¡Je, je, je!...

—Sí... ¡nuestra vida es un camino de rosas!—comentó Pedro, mordiéndose los labios con rabia, porque no lograba abuyentar de su imaginación su disgusto con Carol.

—Supongo que todos estos preparativos... serán para... para llevarse a la chica de excursión—siguió diciendo el viejo fijador de carteles.

—De ella depende... Ahora voy a invitarla, y si ella quiere... ¿por qué me voy a privar de este gusto?

—¡Claro!... Pero, oiga, yo quería pedirle a ver si podría darme un paño



para el estreno...—murmuró Prendergast, mirando al suelo distraídamente.

—¡Cómo!... ¿Le ha vuelto la afición al teatro?—preguntó Pedro, con gran sorpresa.

—No... no es para mí, sino para un hermano mío que deseaba verles...

—¿Pero tiene usted un hermano?

—Sí... acaba de salir del hospital...

—Bien, bien, haré lo que pueda... Pero no puedo asegurar nada.

Iba Pedro a entrar en la casa, cuando Sambourne se acercó a él con sonrisa amable, y le detuvo diciéndole:

—Mi querido amigo... Precisamente venía en busca de usted...

—¿Sí?... ¿Para qué?

—Pues para... para... Buena, ya le dije un gran sabio: "No temas nunca reconocer tus errores..." Y a eso vengo, a reconocer los míos. Estoy dispuesto a olvidar lo ocurrido anoche y a comenzar de nuevo... Valdré a encargarme de la dirección del teatro y tomaré en mis manos la obra...

—En una palabra—interrumpió Pedro—, que ha averiguado usted quien está con nosotros y se arrepiente de no haber sabido aprovechar la oportunidad. ¿No es eso?

—No tengo el propósito de discutir los motivos que me inducen a dar este paso. Me limito a una proposición.

—Que yo rechazo en absoluto, en mi nombre y en el de toda la compañía.

—Poco a poco, amiguito... ¿Qué decorados se proponen utilizar?

—El gabinete de roble...

—Que es de mi propiedad exclusiva.

—Se lo alquilaré.

—El precio es de cien libras semanales.

—¡Eso es absurdo! —gritó Pedro exasperado—. Si lo comprara, no me costaría tan caro.

—He dicho mi última palabra: o cien libras semanales, pagaderas ahora mismo, o no podrán utilizar lo que a mí me pertenece... O esto... o volver las cosas a su primitivo estado y dejar que sea yo el que explote el teatro, como he venido haciéndolo hasta ahora.

Roberto Maine, que en aquel momento pasaba con Carol por aquel lugar, vestidos ya con sus trajes de playa para ir a la isla Tuesday, se detuvo ante Sambourne y le dijo con energía:

—Oiga, señor Sambourne, todo menos lo que usted se propone... Nos sobran las razones para obrar así.

—Duele mucho reconocer un fracaso... —murmuró Sambourne, que se veía acosado por aquellos a quienes había creído fácil poder vencer.

—Así es. Y le advierto que informaré a la Sociedad de Autores de la reducción de sueldos que impuso a los suyos... del despido de los mismos sin previo aviso... y de su inculcable



coacción con el pretexto de unos misé-  
rables decorados.

—¿Y qué? — preguntó Sambourne  
con descaro, haciendo frente a la situa-  
ción que se le planteaba.

—Que irá usted a la lista negra...  
y si quiere que calle... mi precio son  
cien libras, pagaderas ahora mismo...  
—replicó Maine, sin alterarse.

—¿Cómo?...

—Cien libras... ahora mismo... —in-  
sistió Maine, tendiendo la mano.

Sambourne se las pagó y se fué gru-  
ñendo entre dientes sólo Dios sabe qué  
maldiciones.

—Vamos, vamos, el bote está a pun-  
to—gritó Carol con alegría, porque es-  
taba ansiosa de hacer aquella bellísi-  
ma excursión que nunca pudo realizar  
porque resultaba demasiado cara para  
la penuria de su bolsa.

—Vamos... Voy a acompañar a la  
primera actriz a tomar el aire del mar...  
si usted no tiene inconveniente—añu-  
dió, dirigiéndose a Pedro, que había  
puesto un gesto muy agrio al enterarse  
de aquel paseo para el cual no habían  
contado con él.

—¿Inconveniente?... Ninguno. ¿Por  
qué iba a tener yo inconveniente?...

Maine y Carol se alejaron corriendo  
y Pedro se dejó caer en el primer pel-  
daño de la escalera, con todos los pa-  
quetes que llevaba en las manos despa-  
rramados a su alrededor.

Así lo encontró una de las actrices  
de la compañía, que le miró con lásti-  
ma y en silencio, comprendiendo lo que  
pasaba por su alma.

—Si es que imaginas que estoy colo-  
so, estás en lo cierto... ¡Ha venido ese  
hombre a presentarse ante ella cuando  
estábamos precisamente reñidos!... ¡Le  
tengo odio!

—No es para tanto... Se limita a mi-  
rar a Carol, y nada más... No hay cui-  
dado.

—Lo mejor que podrías hacer es dar-  
te un punto en la boca y dejarme en  
paz, ¿no te parece?—replicó Pedro  
de tan mal humor que la actriz se alejó  
sin añadir palabra.

Carol, bien ajena a lo que estaba su-  
friendo el pobre Pedro con su conduc-  
ta, gozaba intensamente aquellas horas  
de luz, bajo la caricia del sol y meci-  
da por las ondas suaves que parecían  
haberse amansado para llevarla a ella  
sobre sus lomos, como para demostrarle  
así su muda admiración; y, viendo ya  
muy cercana la pequeña isla que iba  
tomando grandes proporciones a medi-  
da que la lejanía iba desapareciendo,  
exclamó con alegría infantil:

—¡Mire... mire... la isla Tuesday!

—La conozco muy bien... Está llena  
de evocaciones románticas para mí.

—Hay que tener mucho cuidado con  
la entrada, porque es muy rocosa...

—Conste que llevo yo el timón y

conozco todo esto como la palma de la mano—afirmó Maine, riendo.

Carol también rió, confiada, pero en aquel momento se produjo un golpe seco en la embarcación, que quedó clavada en una roca invisible.

—¿Qué es esta? ¿Qué ha pasado?—preguntó Maine, sorprendido.

—Que conoce usted tan bien el paisaje... ¡que hemos embarrancado!...—replicó Carol con la boca llena de risa.

—Si no fuera más que esto... Mire, mire, el bote se está llenando de agua.

—¡Hurra!... ¡Vivan los marineros expertos!

—No se burle... Es preciso saltar a tierra... ¡Ea, sálvese el que pueda... pero déme la mano para que la ayude a saltar!—dijo Roberto, que ya de un ágil brinco había desembarcado en la roca.

Carol hizo lo mismo con una gracia-sísima pirueta y observándole con una mirada un poco burlesca, le dijo:

—Muy bien... Le felicito... ¡Ya estamos salvados!

—Pues crea que no será por falta de haber ensayado la escena... Tengo una igual en "Luna de miel en Hawái"... y tuvimos que repetirla diecisiete veces, hasta que salió con tanta perfección como ahora... ¡pero me costó a mí un ataque de lumbago!

—¿Qué lástima!... El caso es que

ha dejado bien sentado el pabellón... Se ve que ha venido usted muchas veces a esta isla en bote... llevando usted el timón...

—Carol, Carol, si vuelve a lanzarme otra indirecta... ¡la mando a pie a su casa!—rió Roberto Maine, amenazando a la chiquilla, que soltaba grandes risotadas de júbilo.

Se sentaron en un lugar recogido y contemplaron el horizonte. Las gaviotas revoloteaban en torno a ellos a centenares. Todas se recogían en las rocas de la isla y, al llegar uocas intrusas, se lanzaban al vuelo sobre las olas y se posaban en ellas con aquella grácil figura que hacía de cada ave un cuadro y de cada grupo una obra de arte.

—Creo que hay más aún que cuando ya venía... ¡Pensar que todas éstas son descendientes de aquellas a quienes yo di de comer tantas veces!...

—Acaso por ir tan bien alimentadas fueron tan prolíficas... ¿Y qué más hacía usted en la isla, además de dar pan a las gaviotas?—preguntó Carol con una segunda intención muy acentuada.

—Escribía versos y los escondía entre las rocas.

—¿Con qué fin?

—Escribía para la posteridad... Espere un momento... Creo que era por aquí el escondrijo...—murmuró Maine, rebuscando entre el hueco de la roca.

—¿Dónde los debía guardar?... ¡Ah, ya lo tengo, aquí, aquí está!—añadió, triunfalmente, sacando del fondo del profundo hueco un objeto deteriorado por el tiempo.

—¿Qué es esto?

—Un bote de café mío... en el que... sí, hay algo dentro de él... un papel... Mire, mire...

—¿Qué dice?

Maine leyó:

*Filia Page y Roberto Maine... a esta isla prometen volver... luego del té y de algún cabanar... regresaron para representar "Un poco de risa".*

—Pero todo esto no rima, no tiene nada que ver con la poesía...

—No importa... Cuando uno es joven, no hace falta. La poesía la lleva uno dentro de sí mismo, condensada en sus veinte años...

—¿Y era bonita?

—¿La poesía? — preguntó Maine, mirando de soslayo a Carol.

—No... ¡ella!—replicó la muchacha bajando los ojos.

—Traía consigo una guitarra y solía cantar canciones muy lindas.

—¿Estaba usted enamorado?

—Supongo que sí—replicó vagamente, porque en realidad todavía no sabía si alguna vez había estado enamorado de verdad.

—¿Se declaró usted a ella... aquí? —preguntó de nuevo Carol.

—Supongo que sí. A los veinte años, la declaración brota con facilidad.

—Preferiría que no me lo hubiera dicho—murmuró la joven, entristeciéndose.

—Y yo también...—contestó Maine. Luego se echó a reír.

—¿De qué se ríe usted?

—De una de las frases de la obra que estrenamos mañana: "Remover las cenizas de un amor que ya no existe, raramente reporta beneficios"... ¡Y esto ya no existe! ¡Pasó Filia Page! — exclamó, arrojando al aire los pedacitos de papel, que revolotearon como mariposas y fueron a caer al mar.

Collaron unos momentos, siguiendo con los ojos aquellos papelitos que temblaban en el aire, como tímidos suspiros de un mortecino y lejano recuerdo. Luego Maine preguntó:

—¿Quiere que escribamos un verso inspirado en nosotros?

—No... ¿Para que vuelva usted luego y lo tire al agua?

—Le prometo que no.

—Entonces... probemos...

—"Roberto Maine y Carol Sands... vienen aquí...—comenzó diciendo Maine.

—"...y las manos se dan...!"

—"El bote naufragó... y al agua se cayó..."



—“Y una noche de brillo... dieron ‘Ocre amarillo’...”

—Bien—rió Maine—. Cae en verso y, además, es verdad... excepto lo de las manos, porque no nos las hemos dado... ¿Le importaría prestarme la suya?

—¿Por qué?—replicó Carol, dándole la confiada, nobilmente.

—¡Es usted deliciosa!—suspiró Maine, acariciándola con ternura.

—¡Diecinueve años!—murmuró ella.

—¡Demasiado joven!

—Quisiera tener veintiocho.

—¿Por qué?

—Porque es mi edad ideal... No seré vieja y estaré, a buen seguro, en plena gloria... A esa edad verá usted mi nombre en grandes letras luminosas.

—No sé cómo será usted entonces...

—Ni yo, claro... Seguramente habré ganado en experiencia lo que habré perdido en ingenuidad... Entonces iré siempre vestida de negro, como las grandes señoras... Ya lo haría ahora, pero el negro barato da muy mal resultado.

—Supongo que entonces habrá frenado su temperamento y no promoverá escándalos en los ensayos—rió Maine.

—No pienso darlos, de veras... ni interrumpir a los demás que me rían una gracia... Tendré presente en todo momento que es la obra lo que interesa, y no mi papel únicamente... Seré amable siempre, tanto con los elegidos co-

mo con los humildes, con los actores malos, abandonados a su pésima suerte. ¡No se ría usted!... ¡No se reiría de mí si ya tuviera veintiocho años!

—Si tuviera usted veintiocho años, la trataría de muy distinto modo.

—¿Con más respeto?

—¡O con menos!...

—¡Mire, mire, un avión! ¡Estamos salvados!... ¡Hagamos señales para que pasen a recogerlos!

Agitaron las manos, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, pero el avión pasó rápido por encima de sus cabezas y se alejó perdiéndose en las brumas del horizonte sin fin.

—¡Paciencia!—murmuró Maine—. No es probable que venga ningún bote a recogerlos.

—¿Y si pusiéramos un parche al nuestro?

—Los parches siempre se desprenden en medio del océano.

—Podríamos ir a nada.

—Y estaríamos nadando hasta el viernes...

—¡Y no hay más remedio que llegar antes de la función!—exclamó Carol, que comenzaba a preocuparse.

—No se apure... ¿Ve aquellos corchos que flotan? Son las redes para pescar langostinos. Un individuo viene todas las mañanas a recogerlos a primera hora...



—Eso era en sus tiempos...

—¿Y ahora no viene? —inquirió Maine, asustado.

—Sigue viniendo cada día—rió Carol ante el susto de su amigo—. Es el viejo Tom Lowell...

—Que en mis tiempos ya era viejo

y hablaba siempre de la serpiente de mar que una vez encontró.

—Le hablaré aún de ella.

—Mejor... Así reviviré aún más aquellos tiempos... ¡Ah, qué bella perspectiva ser recogido por Tom Lowell con su serpiente de mar, después de una noche durmiendo sobre las algas!...

...

Aquella noche pasada en la isla de Tuesday, por una avería en la lancha, había sido la comidilla de todo el pueblo, que, ávido de cosas sensacionales, se divertía cebándose en comentarios poco amables para Carol y Roberto, aunque todos pusieron un empeño especial en que Pedro Tropp no se enterara de lo sucedido.

Pero cuando estaban aquella tarde preparando el ensayo, el último ensayo de la comedia "Ocre amarillo", que debía estrenarse por la noche, apareció la esposa de Sambourne, la rubia Grace, la primera actriz desahucada y, con toda la hiel de su juventud marchita, dijo a Carol, haciendo grandes alardes de interés y aspayantos de asombrada:

—¡Oh, Carol, gracias a Dios que estás aquí!... ¿Te encuentras bien del todo, rica?... El viejo Tom ha venido a contarme toda tu odisea... Muy embarazoso... muy violento para los dos... ¿verdad?

—¿Pero qué está usted diciendo?... ¿De qué habla?—dijo Pedro.

—Perdonen... ¿Acaso he dicho alguna inconveniencia? —inquirió Grace, forzando su aire ingenuo, en el que nadie creía.

—No... Y por si le interesa a usted, sopa que nos vimos perdidos en la isla Tuesday—replicó Maine, indignado por el veneno de las palabras de la Grace.

—¡Perdidos!... ¡Ah, lo que yo temo es que el romanticismo del señor Maine, que es tan popular, haga que nadie pueda creer que fué un accidente fortuito!...

—Pues en secreto le diré a usted que no lo fué...—afirmó Maine, cada vez más soliviantado.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Qué está diciendo? —inquirió Grace, grotescamente escandalizada.

—Digo que llevé a Carol deliberadamente a aquellas costas solitarias, que eché a pique la canoa... y que ahogué

en laminaria sus terribles gritos de auxilio.

—¿En laminaria...?

—Sí... en unas algas que en Escocia son muy conocidas y con las que hacen una excelente sopa... Y si quiere saber algo más, pregúntelas a los caracoles de la isla lo que pasó después...

—Me parece que tiene usted muchas ganas de divertirse a mi costa—murmuró Grace, un poco molesta.

—Tantas como usted de ofender a Carol, y esto es lo que quiero evitar.

—En realidad, señor Maime, no sé cómo se atreve usted a dirigirme la palabra... puesto que todavía no hemos sido presentados.

—Entonces... puedo decirle tranquilamente: "Buenos días"—replicó Maime, abriendo la puerta para que la señora Sambourne pudiera desaparecer antes.

Y cuando la vió alejarse, murmuró con rabia:

—¿Qué mujer más impertinente!

—Cierto, pero esta vez estoy de acuerdo con ella—añadió Pedro, que sentía el diente duro de los celos desgarrarle el corazón.

—Vamos, vamos, es preciso seguir el ensayo—intervino Truacolt, que quería evitar estallara la tormenta.

Maine se puso en situación y dijo las frases de la obra:

—"Mi querida Eliza, siempre será

más difícil olvidar un amor tan sincero como el del propio marido".

—"No hablabas así ayer"—murmuró la actriz que debía darle la réplica.

Y Carol, con cierta ironía, dijo la frase que a ella le tocaba decir:

—"Su mayor atractivo es ese... No decir lo mismo dos días seguidos..."

Como ya no tenía que decir nada más en aquella escena, se acercó a Pedro y le preguntó muy seria:

—¿Qué has querido decir cuando te referías a Grace?

—Ya lo oíste. No creo que pienses que voy a volverme loco por vuestro romántico viaje a la isla.

—¡Oh, no quiero que hables como si hubiera obrado mal!

—¡Déjate de explicaciones sin sentido!... ¡No me interesa nada lo que pudisteis hacer allí!

—Si no te interesa lo mío, no te metas en mis cosas—replicó Carol, ofendida.

—¿Estás enamorada de él?

—Juraría que acababas de decirme que no te interesaba nada mío.

—Dime... ¿estás enamorada de él?

—Insistió Pedro.

—Sí... tal vez...

—Pues procura creer que él también lo está de ti... nada más.

—¡Ya lo sé que no está enamorado de mí!... ¡Ni lo deseo ni me importa!

Y me tiene sin cuidado si dentro de una semana ya no se acuerda de mí.

—Y tú vas a hacer el ridículo por ese...

—¿Y a ti qué te importa?

—Todo porque es una estrella de la pantalla...

—¡Eso es una tontería!

—...y porque es algo mayor que yo... y hombre de mundo... y ha sabido deslumbrarte...

—Eso no te importa a ti nada en absoluto y no quiero oírte más... ¡Calla ya!... ¡Te he dicho que te calles!

—y haciendo el tono, con profunda amargura, añadió, arrepentida de su exasperación—: ¡Ay, Pedro, nunca habíamos llegado a este extremo!

—Cierto... Y ya no podríamos continuar siendo amigos.

—¿Tú crees?

—No... no podríamos...

La llamaron para ensayar de nuevo y se alejó de su novio, pero ya todos notaron que se habían peleado, porque Carol estaba muy triste. En un descanso, Maine le preguntó:

—¿Cuál ha sido la causa de esa pelea entre usted y Pedro?

—Nada... tonterías... Habíamos sido novios algún tiempo... pero todo ha terminado.

—¿Y tengo yo la culpa de ello? —inquirió Maine.

—No, no...—vegó débilmente Carol.

—Vamos, no tenga miedo, dígame cuál ha sido la causa de ese disgusto que a usted le da tanta pena...—suplicó.

—Pues... que ha creído que lo de la isla fue una cosa premeditada.

—¡Oh, la maldad de la gente! ¡Han convertido nuestro lamentable incidente en una leyenda negra!... ¿Ese muchacho ha sido tan severo con usted?

—Sí.

—¿Le ha preguntado si estaba enamorada de mí?

—Sí.

—¿Y lo está?—preguntó Maine dulcemente.

—Sí—afirmó Carol con franqueza infantil—. Y le dije más: le dije que usted no lo estaba de mí y, que jamás haría semejante tontería...

—Pues en esto se equivocaba usted, Carol... y usted lo sabe, ¿verdad? —Inquirió él mirándola a los ojos con ternura y amor.

—No... no sé... todo esto es muy raro... Me parece que me siento como enferma de angustia...

—¿Ante una declaración de amor?

—Ha sido una gran sorpresa...

—Y para mí también... porque creo que es la primera vez en mi vida que me he enamorado de veras.

Y en la voz de Roberto Maine había tal sinceridad, que Carol se sintió doblemente impresionada.



—¡Nunca sabrá usted cómo y cuánto le quiero!— susurró la muchacha con los ojos húmedos de amor.

En aquel momento vinieron a interrumpirles. Era la hora señalada para anunciar que Roberto Maine, el cono- sidísimo actor de la pantalla, el astro cinematográfico, tomaba parte en la re- presentación de "Ore amarillo" y tu- da la compañía en peso andaba de un lado para otro ultimando los detalles de noticia tan sorprendente.

Prendergast se afanaba fijando gran- des cartelones en las esquinas anun- ciando la fausta nueva: los cómicos ha- blaban por teléfono a todas las redac- ciones de los periódicos; el portero da- ba la noticia a los que pasaban por la calle y Charlie recibía a los represen- tantes de la prensa.

El matrimonio Truscott, que había asumido las funciones de administrador del teatro, veía con entusiasmo cómo iban creciendo los ingresos.

—Se están pegando por adquirir las localidades—decía el marido.

—¡Nunca me había sentido tan emo- cionada, excepto el día que nos casa- mos! — replicó la simpática viejecita secándose unas lágrimas y mirando con ternura infinita al que había sido el compañero de toda su vida.

Charlie estaba tan emocionado de su papel de hombre de mundo, que aten- día a todos con prosopopeya y digni-

dad. Cuando ya iba hacia el escenario para comenzar su caracterización y al pasar junto al bar, en el que tan fre- cuentes paradas hacía de costumbre, se detuvo un solo instante, para decir a la muchacha que atendía a la clientela:

—Si vengo a pedirte una copa antes de la función, no me la des de ningún modo.

—¿Tan en serio ha tomado usted la obra?

—Aunque te la pida por favor y con lágrimas en los ojos, no me la des... te lo ruego—insistió Charlie.

—¿Pero qué papel le han dado a us- ted?—inquirió la muchacha con curio- sidad.

—¡El de borracho! — replicó Char- lie, alejándose rápidamente.

Entre bastidores la nerviosidad era creciente. Nunca los cómicos habían sentido vibrar su alma como en aque- llos momentos. Jamás habían visto el teatro tan rebosante de público, y de un público tan ansioso y tan entusias- mado.

—Está todo vendido; no queda ni una localidad.

—¡Es maravilloso!

—Un gentío enorme espera en la puerta del escenario su llegada, señor Maine.

—¡Esto sí que ha sido una verdadera publicidad! Un solo hombre... y el rui- do que ha armado...

—Nuestra gloria crece por instantes. Vamos a subir hasta las nubes.

—Señor Maine, acaban de traer un telegrama para usted— interrumpió el portero, entregando a Maine el plieguecito azul.

—Veámos... apuesto a que es de Morrison, mi empresario... Efectivamente... Está divertidísimo... "Absolutamente inadmisibles su actuación teatral"—levó Maine, ante el asombro de todos sus compañeros.

—¡Ahora que nuestro entusiasmo había llegado a la cumbre!

—¿Qué mala suerte tiene nuestra compañía!

—¡Habrá que oír la ovación que nos hará el público cuando le devolvamos el dinero y le digamos que Roberto Maine no puede actuar!...

—¡Actuare! —gritó Maine, imponiéndose a aquel coro de lamentaciones. —¡Tendría que ver que ahora me retirara! ¡Actuare, pese a quien pese!... Oiga—añadió, dirigiéndose al portero, —el viene un hombre medio loco, americano, preguntando por mí, lo tira usted al mar de cabeza.

—Entonces... ¿es verdad que no abandona su puesto?—preguntó Carol, pálida de emoción.

—No podría impedírmelo ni todo un regimiento de caballería.

Todos rieron de nuevo, esperanzados y felices, y cada uno marchó a prepa-

rarse para salir a escena, mientras el público iba invadiendo el local, en el que había el clásico murmullo de las grandes multitudes impacientes.

Fué en aquel momento cuando llegó Regan al teatro. El portero le miró de pies a cabeza con una mirada inquisidora.

—Deseo ver en seguida al señor Maine—dijo Regan, muy nervioso.

—¿Es usted americano?

—No... ¡soy suizo!—replicó Regan de mal humor.

—Pues el señor Maine a quien espera es a un americano.

—Soy yo... soy yo... ¡Ya soy americano!—rugió Regan.

—Pues, pase —replicó el portero, haciendo un expresivo gesto a la señora Truscott, que estaba cerca de él.

—¿Es usted, por casualidad, el señor Regan? —preguntó la viejecita con mucha amabilidad.

—Sí, el mismo.

—Pues corra... El señor Maine le espera con verdadera impaciencia.

—Es usted muy amable, señora —contestó Regan, siguiendo a la Truscott que le abrió una puerta, le empujó dentro de un cuarto oscuro que servía de guardarropa y cerró con doble vuelta de la llave, diciendo muy asegurada:

—Es un deber ayudar al prójimo.

Luego fué a contar a Maine lo que había sucedido y añadió, con aquella

calma con que siempre hablaba, como si ella no interviniera en nada y contara cosas que no le importaran:

—Si oyes que me insultan... no haga mucho caso.

Maine, enterado de lo ocurrido, recibió a Regan, que salió de su encierro hecho un basilisco.

—¡Es la última vez que hago caso de una cómica! — exclamó al verse ante Maine.

—La señora Truscott es la mujer más inteligente que he conocido — afirmó el artista.

—Bien... pero es preciso que usted se dé cuenta de lo que está haciendo... Por esta noche está bien que actúe, pero mañana sin falta debemos embarcar en el "Ungaria"... Tiene que tomar parte en la filmación de su nueva película... Todo está preparado y le esperan a usted únicamente para comenzar el rodaje.

—¿Y si me negara?

—No ha faltado usted nunca a sus compromisos y esta vez tampoco lo hará. No olvide que el contrato está firmado.

Maine comprendió que Regan tenía razón, que la vida imponía sus leyes y sus deberes y que no podía prescindirse fácilmente de ellos. Bajando la cabeza con tristeza replicó:

—Está bien, embarcaremos mañana.

En aquel momento Pedro y Carol, cogidos de la mano, entraron en el cuarto de Maine.

—Señor Maine — murmuró Pedro un poco turbado—, acabo de rogar a Carol que me perdone... y ahora vengo a pedirle a usted disculpa también.

—No tiene importancia, Pedro... Además, Regan ha venido a buscarme y me marchó esta misma noche, poco debo cumplir mis compromisos... Si rompiera con ellos mucha gente se quedaría sin trabajo... y ellos son tan dignos de consideración como los demás... No debo hacer esa mala jugada a mis compañeros. Me marcharé... pero no sin ti, mi querida Carol... Quiero que me acompañes... Sin ti ya no podría yo vivir...

Llamaban a escenas y tuvieron que dejar en suspenso la conversación. La representación fué un éxito rotundo. Gustó la obra y gustaron los artistas, aunque los había tan malos que en cualquiera otra ocasión hubieran recibido un diluvio de silbidos. Pero Maine y Carol sostuvieron la obra y, además, el público estaba tan enardecido al ver en carne y hueso a su ídolo predilecto al que sólo conocía a través de las pantallas, que aplaudía hasta romperse las manos.

Terminada la representación, Maine dijo unas palabras de agradecimiento y de elogio para los que trabajaban con



él y se despidió del público, que volvió a aclamarle.

Luego se fué a encerrar en su habitación y comenzó a hacer el equipaje, cuando vino a interrumpirle la vieja Truscott.

—Señor Maine — le dijo—, ya sé que tiene usted mucha prisa... pero desee que me escuche un momento... Por una sola vez en mi vida voy a perder mi norma de no mezclarme en lo ajeno.

—Norma que me parece excelente —replicó Maine.

—¿Usted y Carol... están de veras enamorados? — preguntó la dulce señora Truscott para entrar en la materia que le interesaba.

—Creo que sí.

—¿Qué edad tiene Carol ahora?... ¿Lo ha pensado usted bien?... Seguramente ella no sabe lo que se hace, porque no es más que una niña y no le ha dado usted tiempo de pensar en lo que el porvenir le puede ofrecer...

—No sé dónde quiere usted ir a parar, pero amo a Carol y estoy firmemente resuelto a todo — contestó Maine, muy serio.

—¿Hasta a labrar su desventura?... —inquirió la viejecita con mucha suavidad—. Piense usted que puede hacerla muy desgraciada... Piense en los años que se llevan... en todas las cosas de la vida que les separan... en el

abismo profesional que está entre los dos... ella no es más que una meritotria... es decir, lo que era usted hace veinte años...

—Yo la encumbraré tanto que no notará nadie esa diferencia — afirmó Maine.

—¿Y supone que la haría feliz un triunfo alcanzado como protegida de Roberto Maine?...

—Señora Truscott — interrumpió Maine con sequedad—, cuando dos personas se quieren resuelven ellas solas sus problemas íntimos...

—Pero es que Carol sigue enamorada de Pedro... y usted lo sabe... Sabe que lo está, pese a este momentáneo deslumbramiento que sufre por usted... A la edad de Carol y Pedro los novios riñen con frecuencia y sin motivo... Señor Maine, esos muchachos están hoy a la misma altura, crecerán y adquirirán juntos toda la experiencia que a ellos les falta... y que a usted le sobra... Si se lleva usted a Carol saya será la responsabilidad de lo que ocurra, y deberá aceptar todas sus consecuencias... Usted sabe, porque la vida se lo habrá enseñado, que estos amores pasan fugazmente, sobre todo para un hombre como usted, mientras que para Carol puede ser su desgracia para toda la vida... ¿Lo ha pensado usted? ¿Ha pensado que si ocurre algo a Carol... algo lamentable... lamenta-



ble para ella... usted será el responsable?

—¿Ignora usted que no es el capricho lo que me mueve? — preguntó Maine, a su vez, aunque se sentía sinceramente impresionado por las palabras de la anciana.

—Si hablo así es precisamente porque veo que no es un mero capricho... Si yo estuviera convencida de que usted no la quiere, no tendría que decir una sola palabra... Si hablo es porque sé que la quiere usted, que la quiere de veras...

—Tiene usted razón... Quiero a esa chiquilla como no he querido a nadie en la vida... ¡Es la única ocasión de ser feliz! — suspiró Roberto con honda melancolía.

—Por esta razón he venido a hablarle... Un corazón que ama de veras, es capaz de todos los sacrificios...

La Truscott dejó solo a Maine y éste comenzó a hacer el equipaje meditando en las palabras que acababa de dirigirle aquella anciana inteligente y buena y, después de un doloroso trabajo que se operó en su conciencia de hombre que conoce a fondo la vida, fué a encontrar a Carol.

—¡Oh! — exclamó Carol con alegre sorpresa, al verle entrar... Tengo ya todo preparado... Solamente temo que mi equipaje no sea muy lucido para ir con un hombre como tú... Pero en Ho-

llywood podré comprarme vestidos adecuados, ¿no crees?

—Oye, mi pequeña Carol... ¿crees que obramos bien, al hacer... lo que íbamos a hacer? — preguntó Maine, sin atreverse a espiar en el rostro de la muchacha el doloroso efecto que sus palabras habían de producirle.

—¿Por qué dices esto? — preguntó Carol con acento sorprendido.

—No lo sé... Decaimiento... cansancio... exceso de haber vivido... desilusión de todo lo que me rodea... no lo sé... Sólo pienso que Pedro y tú habéis triunfado la misma noche, que sois jóvenes, que tenéis delante vuestro toda una vida de ilusión y de triunfos... y yo creo que debéis continuar juntos luchando y triunfando... como esta noche...

—¿Qué quieres decir?... Yo prefiero ir contigo... No me importa la obra ni me importan los triunfos lejos de ti...

—Querida, no debemos precipitarnos — dijo Maine haciendo un poderoso esfuerzo sobre al mismo—. Esta noche nos hemos deslumbrado... pero hay que reflexionar fríamente...

—¿Fríamente? — repitió Carol a la que aquella palabra había herido a traición—. Estás muy extraño, Roberto... ¡Fríamente!... ¿Es que puede pensarse con frialdad cuando se quiere?

—Mi querida Carol... es verdad que durante unos días nos hemos hecho el

amor magistralmente... y no lo siento, porque ha sido en beneficio de la obra. Las escenas de amor han sido algo fantástico, gracias a mis ensayos... No se pueden representar bien tales escenas... si no se practica un poco con la primera actriz...

—Así... ¿todo ha sido mentira?... ¿No has hecho nada más que... ensayar? — murmuró Carol pronta a romper en amargo llanto.

—No debes reprochármelo... Nos ha servido de mucho... Piensa en el éxito que hemos tenido esta noche... — replicó Maine, dominando su amargura y procurando que las lágrimas no le traicionaran.

—Así... ¿todo ha sido mentira!... ¡Todo!... — sollozó Carol, sin poder contener su dolor.

—Sólo hasta cierto punto... Esta noche me he dejado arrebatar por la emoción del estreno, por los nervios en tensión de los artistas y del público... y cuando te he hablado de amor lo he hecho poniendo en mis palabras toda mi alma... Y tú también me has hablado con sinceridad... y esto ha sido lo malo... porque me ha hecho comprender mi profundo error... He trabajado con muchas mujeres y he ensayado con ellas, fuera de escena, esas escenas de amor... pero ninguna de ellas tenía diecinueve años, ni tu ingenuidad, ni tu alma candorosa... Cambiamos palabras

ardientes y juramentos de amor eterno... pero convenidos siempre de que no había un átomo de verdad en nuestras palabras... ¡Y tú has creído en todo, como si fuera real!... No ha sido culpa tuya, sino de tu extrema juventud... Sigue aquí ahora, Carol, mi pequeña, mi dulce Carol, trabaja al lado de Pedro... y quizá algún día puedas ir a reunirme conmigo...

—¡Oh, por favor, márchese, márchese! — rogó Carol, con el alma destrazada.

Roberto la miró intensamente, tuvo la tentación de cogerla en sus brazos y echar a correr, llevándosela, pero reflexionó, pensó en la felicidad de aquella criatura que comenzaba a vivir y en las palabras de la Truscott: "cuando se ama de veras se es capaz de todos los sacrificios", y se alejó con un frío saludo de despedida.

Carol se dejó caer en una silla y rompió en sollozos incontenibles, murmurando con toda la amargura de su primera decepción:

—Esto es experiencia... ¡sin ella no se puede ser buena actriz!...

El capitán Angs entró en el cuarto de Carol desbordante de júbilo:

—*Señorita Carol*... venga... venga... mi foca ya se ha puesto buena—le dijo con aquel acento tan extranjero que le dificultaba entender lo que que-

ría decir—. ¡Oh, *pega* está usted *llorando*...!

—No, no, ya pasó... Fué un momento de locura... Ya pasó... Vamos, vamos a ver su foca — dijo Carol, secándose las lágrimas e intentando sonreír.

Pedro la acompañó, cogiéndola de la mano. Carol se sintió reconfortada por el dulce cariño que emanaba de aquel hombre que había vivido siempre a su lado y que siempre la había querido, y, mirándole a través de sus lágrimas, le dijo muy quedo:

—¡Oh, Pedro, he estado a punto de cometer una verdadera locura!

—Pero no la has cometido... y esto es lo que importa... — replicó él, besándola suavemente.

Roberto Maine se marchaba sin anunciarlo, a fin de evitar la despedida de la muchedumbre, que en aquel estado de ánimo en que se hallaba le hubiera resultado doblemente penosa.

Apoyado en la ventanilla miraba desde ella el andén de la estación del diminuto pueblo en donde había querido vivir de nuevo su juventud marchita, en donde había creído encontrar las horas felices e inconscientes de los veinte años, y del que se marchaba con mayor pesadumbre en el alma y con la amargura que da el excesivo conocimiento de las cosas de la vida.

Cuando ya el tren estaba próximo a partir, vió llegar a él a la señora Trus-

cott, toda bondad, toda ternura, toda mansedumbre.

—Sabía que se marcharía usted... — le dijo, sonriéndole con afecto—. Y me alegro de que haya adoptado esta resolución... Para ella era la mejor... Y ahora lo que importa es que no se dé cuenta del engaño... que siga creyendo que todo fué mentira... ¡Le felicito a usted sinceramente por su resolución! ¡Ha demostrado usted tener un corazón bueno y noble!...

—Entonces... no he vivido en vano — murmuró Maine con amargura.

—¿Va usted a dejarse abatir ahora?... ¡Sería una tontería imperdonable! — le dijo la Truscott queriendo darle ánimos.

—Lo sería... y sin embargo, no es fácil estar alegre cuando el dolor nos atormenta. En lo sucesivo, cuando vaya a tropezar en mi camino, preguntaré: "¿Qué me aconsejaría en este caso la señora Truscott?"... y lo que me diga mi conciencia será lo que haré... Gracias por todo... Que tengan buena suerte... y no deje de recordarle a Carol cómo la he querido... cuando... cuando... ella no pueda oírlo...

El tren dió un silbido largo, prolongado, doloroso, y la máquina se puso en movimiento.

Se agitó la mano de Maine desde la ventanilla y la de la Truscott desde el



andén, pero ni él ni ella vieron claramente aquella mano que despedía con cariño, sino que vieron algo borroso diluido entre lágrimas...

La viejecita se secó las suyas con el pañuelo, se sonó con fuerza y, volviendo a sonreír con su inalterable bondad, murmuró:

—¡Que tonta soy!... Le había prepa-

rado unos pastelitos tan buenos... ¡y me he olvidado de dárselos!

Y con su paquete en la mano y el peso de la vida sobre sus hombros, un poco encorvada, se alejó de la estación con el corazón dolido y alegre al mismo tiempo por haber logrado la felicidad de una mujercita de diecinueve años.

FIN



GRAN EXITO DE

# Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural  
por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones  
¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

Pídalas a su librero

o a

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA



# Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará  
verdadero deleite.

# Ráfagas de humor

Precio: 5 pesetas.



Pídalas a su librero

o a

EDICIONES BISTAGNE

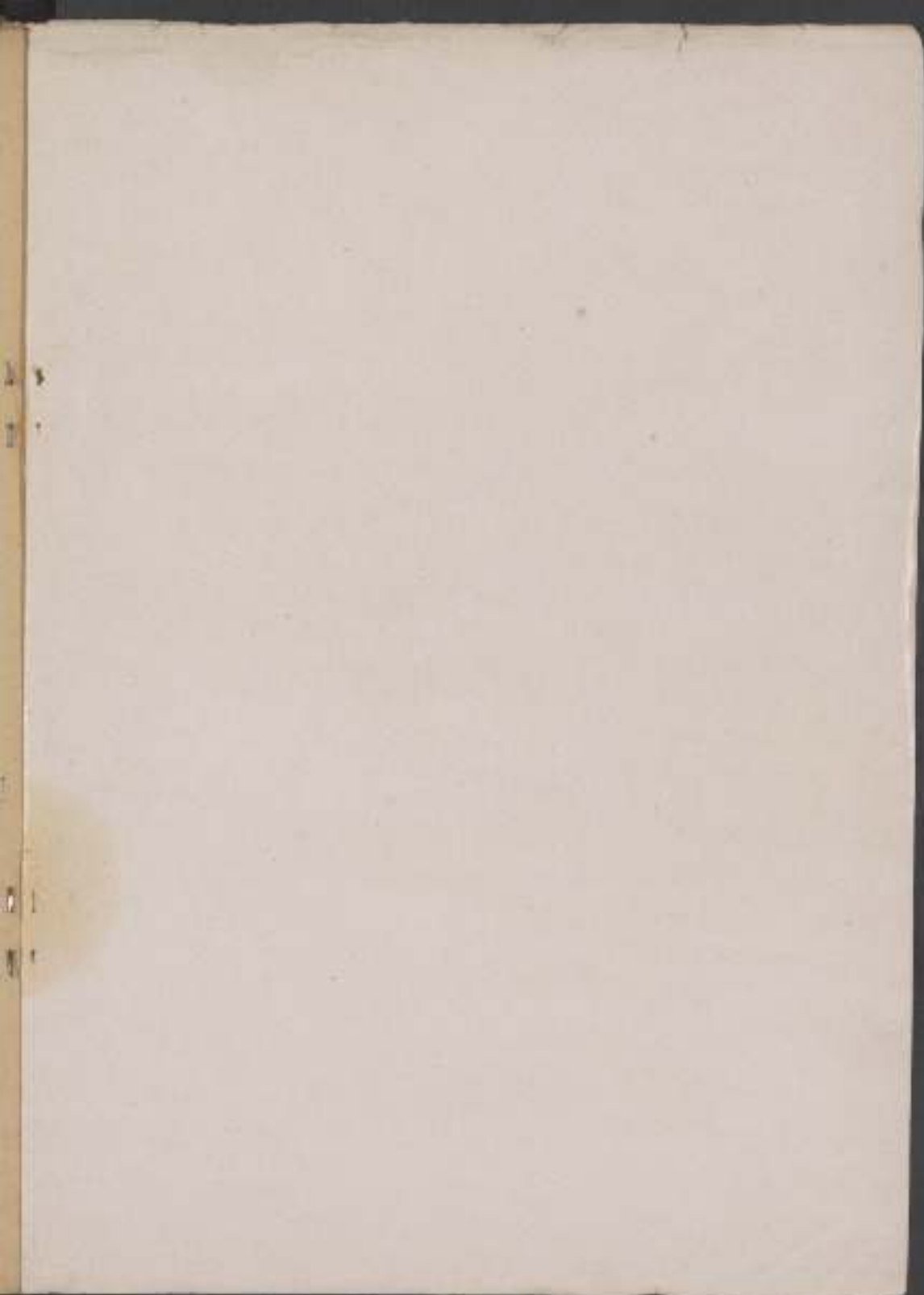
Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
los mejores asuntos  
cinematográficos

**EDICIONES BISTAGNE**







Cubierta, Imp. M. VELICER  
Montevideo, 111 Teléfono 76132